SONIA BELLIDO

LA HIJA DEL DRAGÓN



EN UN MUNDO DE SOMBRAS,
EL AMOR ES EL MAYOR RIESGO

La hija del dragón

El dragón de Hagure, libro 1

Sonia Bellido Aguirre

La hija del dragón
Sonia Bellido Aguirre

Copyright © 2026 por Sonia Bellido Aguirre.
Registrado el 27/05/2026

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia. Esta obra es ficción. Aunque toma inspiración de elementos que podrían estar asociados al crimen organizado japonés, los clanes, empresas y personajes son completamente ficticios. La novela no pretende representar de forma documental a ninguna organización real.
La portada se muestra a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, por favor contacta vía correo electrónico en soniabellido02@gmail.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

CAPÍTULO 1

SHIO

La llave no gira a la primera.

Meto la maleta en el hueco entre mi cadera y el marco de la puerta, sujeto el asa con la rodilla y fuerzo la cerradura con las dos manos. El metal cede con un chasquido seco que resuena por todo el rellano. El apartamento parece exhalar cuando abro: aire encerrado, tatami viejo, el fantasma de la pintura reciente que alguien ha usado para tapar las manchas del inquilino anterior.

Veinticinco metros cuadrados. Shimokitazawa, segundo piso sin ascensor, una ventana que da a un callejón donde alguien ha dejado una bicicleta oxidada y tres macetas con algo que quizá fue verde en algún momento de su vida.

Hogar, dulce hogar.

Arrastro la maleta dentro y cierro. No enciendo la luz todavía. Me quedo de pie en la oscuridad, con el abrigo puesto y la respiración agitada de subir las escaleras.

Y dejo que Tokio me encuentre.

El ruido llega primero. No tiene nada que ver con el ruido de Londres, un rugido constante de autobuses y sirenas y gente que grita por teléfono. Tokio suena distinto. El murmullo del tráfico llega filtrado, educado, como si la ciudad pidiese permiso antes de entrar. El traqueteo lejano de un tren. La melodía de un konbini a media manzana, esa cancioncilla electrónica que no ha cambiado en diez años y que me hace apretar los dientes porque la reconozco. Mi cuerpo sabe lo que es antes que mi cabeza. Igual que reconoce la

humedad del aire, la presión atmosférica, el modo en que Tokio pesa sobre la piel de una forma que Londres jamás consiguió hacer.

Diez años fuera. Y la ciudad me recibe como si hubiera salido a comprar el pan hace diez minutos.

Enciendo la luz y parpadea dos veces antes de decidirse. El apartamento es lo que pagué por él: un rectángulo con suelo de tatami, un futón enrollado en un rincón, una cocina que es básicamente un fregadero con un hornillo al lado y una nevera que me llega a la cintura. El baño tiene un tamaño diminuto. Hay también un armario empotrado con puertas correderas que ocupa toda una pared.

Saco el portátil de la maleta y lo dejo sobre el suelo. Luego la bolsa de aseo, la ropa, tres cargadores, y una carpeta de plástico transparente con documentos que cualquier agente de aduanas habría encontrado completamente normales: un contrato de trabajo, un currículum, una carta de recomendación de un profesor de la universidad.

Todo impecable. Todo mentira.

Bueno. Casi todo.

El máster es real. Las notas son reales. El nombre que aparece en el contrato de trabajo, Shio Aramaki, es el que llevo usando cuatro años y el que aparece en mi pasaporte, en mi cuenta bancaria y mi perfil de LinkedIn. Es un nombre limpio, sin historia, sin raíces. Un nombre de nadie.

Mi nombre real no lo pronuncio en voz alta desde que aterricé en Heathrow cuando tenía quince años y una maleta mucho más pequeña que esta.

Coloco la carpeta dentro del armario, en el suelo, y me quedo mirando el espacio vacío de la pared del fondo. Mañana compraré chinchetas. Cinta adhesiva. Rotuladores rojos. Empezaré a llenar ese vacío con lo que llevo diez años recopilando.

Pero ahora no. Ahora necesito comer algo o me voy a caer redonda.

***

El konbini de la esquina es un Lawson. Me lo imaginaba. En Shimokitazawa siempre hay un Lawson.

La melodía electrónica suena cuando abro la puerta y el dependiente levanta la cabeza del manga que está leyendo detrás del mostrador. Es un chaval de veinte y pocos con el pelo teñido de rubio ceniza y cara de no haber dormido lo suficiente en su vida.

—Irasshaimase —masculla sin mirarme.

Recorro los pasillos bajo la luz fluorescente. Onigiri de salmón, sándwiches triangulares, bentōs de pollo frito que brillan bajo el plástico. Y en la estantería del fondo, la hilera de vasos de ramen instantáneo.

Me detengo.

No es el hambre lo que me frena. Es el olor. El ramen instantáneo de un konbini japonés huele a glutamato y a sal y a caldo artificial, y debajo de todo eso, si prestas atención, huele a vapor. Solo a vapor. Y el vapor me lleva a un lugar que no quiero visitar ahora mismo, en un konbini a las once de la noche con jet lag y las manos temblando.

Cojo un vaso de tonkotsu, un onigiri de umeboshi y una lata de café frío.

—¿Eso es todo? —pregunta el chaval cuando dejo las cosas en el mostrador.

—Sí.

—¿Necesitas palillos?

—Sí.

—¿Bolsa?

—No.

Me mira un segundo más de lo necesario. No con sospecha. Con esa curiosidad perezosa de alguien que pasa ocho horas al día viendo entrar y salir gente y se ha vuelto experto en catalogar a los desconocidos.

—Acabas de mudarte, ¿no? —dice mientras escanea el onigiri.

Considero mentir. Pero mentir requiere energía y la mía se ha quedado en algún punto del trayecto entre Narita y aquí.

—Hoy.

—Bienvenida al barrio. —Mete los palillos en la bolsa que no le he pedido—. Te aviso de que el agua caliente de los pisos de arriba tarda un siglo en salir por las mañanas. Y la señora Ōta del primero deja la basura fuera del contenedor, pero no se lo digas o te pintará el buzón.

—Gracias por el aviso.

—Soy Ren, por cierto.

No le doy mi nombre. Hago una reverencia mínima junto con una sonrisa que no llega a los ojos, recojo mis cosas y salgo. La melodía electrónica me despide como una canción de cuna defectuosa.

***

El ramen instantáneo sabe a lo que tiene que saber. El problema es que mi cerebro no está aquí. Mi cerebro está en un restaurante de Shinjuku que ya no existe, sentada en un taburete alto de madera mientras un hombre con delantal manchado de caldo desliza un cuenco de comida por la barra hacia mí.

Noboru Enomoto. Mi padre. Un metro setenta, manos grandes, una risa que empezaba en el estómago y terminaba en las arrugas de los ojos. Hacía el mejor tonkotsu del barrio y lo sabía, pero nunca lo decía, porque eso no se hace.

"Mi marea", me llamaba. Porque iba y venía por el restaurante como el mar, decía, metiéndome en todos los rincones, tocándolo todo, probándolo todo. Yo tenía siete años y el caldo me parecía la cosa más importante del universo. Él me dejaba remover la olla grande, la de los huesos de cerdo que llevaban hirviendo desde las cuatro de la mañana, y me explicaba que la paciencia era el ingrediente secreto para que todo saliese perfecto.

—Si apresuras el caldo, se nota —decía—. Si lo tratas bien, te lo devuelve.

Tenía quince años cuando dejó de existir. No digo "cuando murió". Decir que alguien muere implica que la muerte vino a buscarle. A mi padre la muerte no le buscó. La provocaron. Le cerraron los proveedores. Le revocaron la licencia. Le fabricaron deudas. Le asfixiaron poco a poco, con la paciencia de un caldo que hierve a fuego lento, hasta que no le quedó nada.

Se quitó la vida en el almacén de su último restaurante.

No estuve allí. No me dejaron verlo. Mi madre me despertó a las tres de la mañana, me metió en un taxi con una maleta y un sobre con el billete de avión. La tía Keiko me recogió en Heathrow con los ojos hinchados y un abrigo que me quedaba grande.

Mi madre desapareció poco más tarde. Como si el aire se la hubiera tragado.

Dejo los palillos sobre la mesa. El ramen se enfría en el vaso de poliestireno. La ventana del apartamento muestra un trozo de cielo que no es del todo negro: Tokio nunca es del todo negro. Siempre hay un resplandor, un murmullo de neón que se filtra hasta los callejones más escondidos.

Me levanto y abro de nuevo la maleta. En el bolsillo interior, dentro de una funda de plástico, está la foto.

Mi padre sonríe detrás de la barra de su restaurante. Lleva el delantal manchado de caldo. Detrás, la pared está cubierta de notas de pedido y fotos de clientes habituales. Es la foto más normal del mundo. Un hombre en su lugar de trabajo. Un hombre que no sabe que le quedan tres meses de vida.

Meto la foto en la funda del móvil, entre la carcasa y la parte de atrás. Así la llevaré encima siempre. Así me recordará por qué estoy aquí cada vez que mire la hora, cada vez que descuelgue una llamada, cada vez que sienta la tentación de olvidar.

Porque mañana entro a trabajar en Onuki Holdings.

Mañana me siento en la mesa de la organización que destruyó a mi familia y les sonrío y les doy las gracias por la oportunidad.

Mañana empiezo a mentir con cada respiración.

Y necesito que cada mentira sea perfecta. Porque mi identidad falsa tiene una grieta: antes de 2019 no existe ninguna Shio Aramaki en ningún registro digital de ningún país. Es un vacío pequeño, difícil de encontrar si no sabes dónde mirar, pero está ahí. Y si alguien lo encuentra, si alguien tira del hilo y llega al profesor Henderson en Londres, el profesor aguantará porque tengo suficiente sobre él para hundirle la carrera. Pero si la presión es mayor que eso, si viene gente que no usa correos electrónicos sino golpes y amenazas de muerte, Henderson se derrumbará como un castillo de naipes.

Ese es el riesgo. Calculado. Asumido e inevitable.

Me arrodillo frente al armario abierto. La pared del fondo me devuelve la mirada, blanca, vacía, esperando.

—Te prometo que van a pagar, papá —susurro.

No sé si hablo con la foto o con el vacío del armario o con la ciudad entera que se extiende al otro lado de la ventana.

Lo que sé es que tengo hambre. No de ramen. De algo que lleva diez años cociéndose a fuego lento y que mañana, por fin, empiezo a servir.

CAPÍTULO 2

AZUSA

El despertador suena a las cinco cuarenta y cinco. Llevo despierta desde las cinco.

Tokio amanece con una precisión que siempre me ha parecido arquitectónica. Primero la luz gris en los bordes del ventanal. Luego el tráfico, capa sobre capa, hasta que la ciudad alcanza su volumen de crucero. Desde el piso treinta y ocho de este edificio en Roppongi, el amanecer parece un plano técnico cobrando vida.

El suelo está frío bajo mis pies descalzos. Ochenta metros cuadrados de parquet oscuro, muebles que elegí porque no ocupan espacio mental: líneas rectas, colores neutros, nada que llame la atención. Mi madre habría odiado este apartamento. Demasiado vacío, habría dicho. Demasiado silencio.

Murió cuando yo tenía siete años. Cáncer de páncreas, cuatro meses entre el diagnóstico y el final. En esta familia, incluso la muerte es eficiente.

En la ducha, el agua caliente me recorre la espalda y pasa sobre el tatuaje sin detenerse. Noto el relieve de la tinta bajo los dedos cuando me enjabono, un reflejo que he repetido cada mañana durante diez años. El dragón empieza en el omóplato izquierdo y baja serpenteando por la columna hasta detenerse a mitad de la espalda, inacabado. Como una frase que alguien dejó de escribir.

Me lo hice a los dieciocho. Un acto de lealtad. El artista era Tsujimoto, el tatuador del clan, un viejo con manos de cirujano y menos de ocho dedos completos. Hizo el contorno y las primeras escamas en dos sesiones. Nunca volví para la tercera.

No sé por qué.

Miento. En el fondo, sí lo sé. No volví porque terminar el dragón habría significado que estaba dentro del todo, y hay una parte de mí que se niega a cerrar esa puerta. Una parte pequeña, silenciosa, que ocupa el mismo espacio que una grieta en un muro de carga: invisible hasta que el edificio se mueve y cede.

Traje gris carbón, corte recto. Blusa negra sin cuello. El reloj de mi abuelo, demasiado grande para mi muñeca, con la correa ajustada al máximo. Kanjirō Onuki fundó este clan con las manos vacías y el reloj es lo único que conservo de él. Pesa más de lo que debería para ser solo metal y cristal.

Me miro en el espejo del recibidor. La mujer que me devuelve la mirada es la que todos esperan ver: sin una arruga en la tela ni en la expresión. Cada mañana, antes de salir, la construyo pieza a pieza. Cada noche, cuando vuelvo, la desmonto.

Nadie ve el proceso intermedio.

***

La sala de reuniones del último piso de Onuki Holdings huele a colonia masculina. Siete hombres alrededor de una mesa ovalada. Yo soy la única mujer. Lo soy siempre.

Mi padre ocupa la cabecera. Kōzō Onuki. Sesenta años, pelo canoso cortado a cepillo, traje azul marino con un alfiler de corbata que perteneció a su padre. Habla poco, pero cuando lo hace, la gente deja de respirar. No porque sea especialmente elocuente. Porque las consecuencias de no escuchar son desproporcionadas.

—Los números del trimestre —dice, sin mirar a nadie en particular.

—Un ocho por ciento de incremento en la división inmobiliaria —respondo—. Hagure Dining sube un doce. Los clubes se mantienen estables.

—¿Estables?

—Estables es positivo en un trimestre donde Ginza ha perdido un cuatro por ciento de tráfico nocturno.

Me mira. No es una mirada de aprobación. Es una auditoría. Mi padre no felicita: verifica.

—Prepárame un desglose por unidad de negocio para el viernes.

—Ya está hecho. Lo envié ayer.

Dos de los hombres a su derecha intercambian una mirada rápida. Odian que me adelante. Senda, el más viejo, el que se sienta siempre a la izquierda de mi padre, disimula algo parecido a una sonrisa detrás de su taza de té. Senda es el único de esta mesa que no me subestima abiertamente. No sé si es respeto o estrategia. Con Senda nunca se sabe.

—Bien —dice mi padre.

Una palabra. Es lo más parecido a un abrazo que voy a recibir.

La reunión continúa. Presupuestos, proyecciones, la fachada corporativa funcionando con la suavidad de una máquina bien engrasada. Nadie menciona lo que hay debajo. En esta mesa no se habla de lo que hay debajo. Para eso existen las otras reuniones, las de la noche, las que no dejan nada por escrito.

Igarashi está sentado al otro lado de la mesa. Jō Igarashi. Wakagashira. El segundo de mi padre en la jerarquía que no aparece en ningún organigrama. Sesenta y tres años, mandíbula cuadrada, manos anchas a las que les faltan tres falanges en total. Lleva un traje que cuesta la mitad que el mío pero lo lleva como si le diera igual, porque le da igual, porque Igarashi no necesita ropa cara para que la gente le tenga miedo.

Noto que me observa. Lo hace a menudo. No con deseo. Igarashi me mira como se mira un obstáculo en un pasillo estrecho: calculando si es más fácil rodearlo o quitarlo de en medio.

A su derecha, Nishida. Joven para su rango, treinta y cinco, la mandíbula apretada y un irezumi de carpa koi asomando por el puño de la camisa. Nishida debe su carrera a Igarashi. Es su sombra, su

perro guardián, el primero en moverse cuando Igarashi levanta una ceja. Me desagrada, pero lo respeto: la lealtad sin condiciones es un material de construcción excelente. También es el primero que se rompe cuando los cimientos fallan.

La reunión termina. Mi padre sale sin despedirse. Los demás recogen sus carpetas. Igarashi se detiene junto a mi silla.

—Buenos números, directora —dice. El título suena a burla en su boca. Siempre suena a burla.

—Gracias, Igarashi-san.

—He oído que hay una nueva contratación en el equipo financiero. Una chica de Londres.

—Analista. Sí. Empieza hoy.

—¿La has revisado a fondo?

Le sostengo la mirada. En este mundo todo es geometría: quién mira a quién sin pestañear, quién ocupa más espacio, quién se queda de pie cuando el otro se sienta.

—Reviso todo a fondo, Igarashi-san. Todo.

Se va. La sala queda vacía.

Abro la carpeta que tengo debajo del bloc de notas. La carpeta de la nueva analista. Shio Aramaki. La he leído tres veces.

***

Hagure ocupa un local en una calle secundaria de Ginza que no encontrarías si no supieses dónde buscar. Sin cartel exterior. Una puerta de madera de hinoki con un tirador de hierro negro. Dentro: doce asientos en una barra de ciprés, una cocina abierta donde el chef Matsubara trabaja en silencio, y una iluminación tan tenue que parece diseñada para que los clientes se olviden de la hora.

Es mi restaurante. Lo construí hace cuatro años. Elegí personalmente cada tabla del suelo, cada pieza de cerámica, cada proveedor, cada número. Es lo más parecido a un hijo que voy a tener en mi vida.

También es una máquina eficiente de lavar dinero. Pero eso no tiene por qué ser contradictorio.

Son las seis de la tarde y el servicio de cena empieza en una hora. Matsubara prepara el mise en place con la concentración de un cirujano. Le observo desde la barra, comprobando la carta de esta noche: pargo de Tsushima con shiso, ostras de Miyagi sobre granizado de pepino, wagyu de Kagoshima con chalota encurtida. Veintiocho platos. Omakase. Tres meses de espera para una reserva.

—El dashi de hoy tiene demasiado katsuobushi —digo.

Matsubara levanta la vista. Es un hombre de cincuenta años que ha dedicado su vida a la comida y que tolera mis opiniones culinarias solo porque firmo los cheques.

—Lo he ajustado al lote de bonito que llegó esta mañana. Es más graso de lo habitual.

—Entonces reduce la cantidad. No ajustes el método al ingrediente. Ajusta el ingrediente al método.

Asiente. No discute. Aquí nadie discute conmigo, tenga razón o no. Ese es el problema de dirigir un restaurante cuando tu apellido hace que la gente se trague las palabras: nunca sabes si tu dashi es bueno de verdad o si la gente tiene miedo de decirte que está salado.

Abro el portátil en el extremo de la barra y vuelvo a la carpeta.

Shio Aramaki. Con solo veinticinco años tiene un MBA por una prestigiosa universidad de Londres, con especialización en contabilidad internacional. Inglés a nivel nativo. Experiencia en consultoría financiera. Referencias impecables, incluyendo una carta de un tal profesor Henderson que la describe como "excepcionalmente meticulosa y dotada de una intuición analítica poco común."

Todo perfecto. Justo lo que necesitamos ahora que los inversores internacionales exigen informes en formato IFRS. Exactamente el perfil que llevo dos meses buscando.

Exactamente.

Cierro el portátil. Miro la barra de ciprés, las vetas de la madera, los nudos que interrumpen las líneas rectas. La madera de ciprés tiene una propiedad interesante: cuanto más la pules, más revela sus imperfecciones. Parece más perfecta de lejos que de cerca.

Los currículums funcionan igual.

Shio Aramaki tiene un historial laboral sólido y referencias verificables. Pero hay algo en el conjunto que no encaja. No es un defecto. Es una ausencia. Llevo treinta años viviendo entre gente que miente de manera profesional, y he desarrollado una sensibilidad para la mentira bien construida. No es lo que dice el CV. Es lo que no dice. Es la conveniencia del timing: aparece justo en el momento en que la necesitamos, justo con las habilidades que nos hacen falta.

Estamos en guerra con el clan Mishio. Si quisiera infiltrar a alguien en nuestra estructura financiera, enviaría justamente esto: una mujer joven, brillante, sin conexiones visibles con el mundo criminal, con un perfil demasiado limpio para un sector donde nadie tiene las manos del todo limpias.

Podría estar equivocada. A veces lo estoy cuando se trata de personas. Soy excelente con los números y no tanto con la gente. Pero no estoy dispuesta a apostar la seguridad de esta operación a mis instintos.

Tampoco estoy dispuesta a rechazarla.

Porque si es una espía del Mishio-gumi, expulsarla ahora significa perderla de vista. Y a un enemigo siempre, siempre, lo quieres donde puedas observarlo de cerca. Le das acceso limitado. Le das una mesa con vistas a la ventana y vigilas qué mira por ella. Le das lo suficiente para que se sienta cómoda y esperas a que cometa el primer error.

Y si no es una espía, entonces tengo una analista financiera excelente.

Gano en ambos casos.

Cojo el teléfono. Hisako descuelga al primer tono. Siempre descuelga al primer tono. Hisako Kuroda. Treinta años, más leal que cualquier perro de los que salen en las películas y bastante más peligrosa.

—La nueva analista. Shio Aramaki. Quiero un informe discreto. Historial en Londres, verificación de empleo, presencia digital. Sin que se entere recursos humanos. Sin que se entere nadie.

—¿Nivel de profundidad?

—Medio. Si sale limpio, archívalo. Si sale sucio, me llamas a cualquier hora.

—Entendido.

Cuelga. Hisako no hace preguntas innecesarias. Es una de las razones por las que es la única persona en este clan en quien confío parcialmente. Parcialmente es el máximo que ofrezco.

Miro la hora en el reloj de mi abuelo. Las siete menos cuarto. Los primeros clientes llegarán en quince minutos. Matsubara ha reducido el katsuobushi. El dashi huele limpio, con ese punto de humo que lo hace adictivo.

Me quedo un momento en la barra, sola, con el portátil cerrado y el teléfono boca abajo. Hagure vacío es mi lugar favorito del mundo. La madera, la luz tenue, el olor del caldo que empieza a hacer su trabajo. Aquí no soy la hija de Kōzō Onuki. No soy la directora de nada. Soy una mujer en un restaurante que ha construido con sus manos, sentada en una barra de ciprés, preguntándose si el dashi está en su punto.

Dura un minuto. A veces dos.

Luego vuelvo a ponerme la armadura y salgo a recibir a los clientes con la sonrisa que llevo perfeccionando desde que era una niña.

Shio Aramaki. El nombre se queda en algún lugar entre la carpeta y mi cabeza. Una pared nueva en un edificio viejo. Parece sólida. Pero llevo demasiados años en el negocio de la construcción para no comprobar los cimientos antes de cargar peso sobre ellos.

Mañana empieza. Veamos cómo acaba.

CAPÍTULO 3

SHIO

Lo primero que llama mi atención al entrar en el vestíbulo de Onuki Holdings es el mármol del suelo. Italiano, según me informan, con vetas grises que parecen ríos secos.

El dinero nuevo se nota en todo lo demás: los tornos de acceso con lector biométrico, las cámaras en los ángulos del techo que cubren cada metro cuadrado sin dejar ni un punto ciego. Hasta en la recepcionista, demasiado perfecta.

—Es solo una verificación estándar, Aramaki-san. Un momento —me dice cuando me pide la documentación.

Espero y sonrío. Llevo cuatro años siendo Shio Aramaki y a estas alturas me ajusto a ese personaje mejor que a mí misma.

La recepcionista me devuelve la identificación con una reverencia y me entrega una tarjeta de acceso que pesa menos que un chicle.

—Nivel uno. Planta sexta, departamento financiero. Komiya-san la espera —me informa.

Paso la tarjeta por el torno y se ilumina una luz verde con un pitido. Primer dato: el acceso está segmentado por niveles. Esta tarjeta abre la planta seis y las zonas comunes. Nada más. Las plantas de dirección requieren otra autorización. Guardo esa información en mi cabeza mientras camino hacia los ascensores pareciendo que estoy nerviosa por mi primer día de trabajo y no por las razones que pondrían nerviosa a cualquier persona de este mundo.

El ascensor sube en silencio. Acero cepillado, espejo en la pared del fondo, cámara en la esquina superior derecha. Observo mi reflejo, Shio Aramaki es una mujer discreta que viste bien pero no demasiado. Que destaca lo justo para que la tomen en serio y lo justo para que no la recuerden.

Planta seis. Las puertas se abren a un pasillo enmoquetado con luz cenital suave. Segundo dato: los portátiles en los escritorios que alcanzo a ver no tienen puertos USB. Están sellados. Y las redes Wi-Fi que detecta mi móvil son tres, todas cifradas, todas con nombres genéricos que sugieren segmentación por departamento.

Quien diseñó la seguridad informática de este edificio sabía lo que hacía.

***

Komiya-san es un hombre de cuarenta y pocos con gafas redondas y una corbata que lleva estampados unos pequeños patos amarillos. Eso me desconcierta más que toda la seguridad biométrica del vestíbulo.

—Aramaki-san, bienvenida. Siéntese, por favor. ¿Café? ¿Té? Tenemos un hojicha bastante decente.

Le tomo la palabra y pido hojicha.

Su despacho es pequeño, extremadamente ordenado, con una foto de dos niñas en uniforme escolar sobre su mesa. Director de recursos humanos. Según mi investigación previa, lleva once años en Onuki Holdings y no tiene ninguna conexión con la estructura criminal. Es uno de los muchos empleados limpios: la capa exterior, la fachada que hace que todo esto funcione y le otorga un aire respetable.

—He revisado su expediente —dice, sirviéndose un té—. Francamente impresionante. Su universidad en Londres no da ese tipo de recomendaciones a la ligera. Y trabajó en una consultora de primer nivel. Aquí va a encontrar algo diferente. Somos más pequeños, más ágiles. La directora, Onuki-san, prefiere equipos

reducidos con acceso directo. Nada de cadenas de mando interminables —me informa.

A continuación, me explica la estructura: cuatro analistas en el departamento financiero, un controller, y por encima de todos ellos, la directora. No hay director financiero intermedio. Azusa Onuki supervisa de manera directa.

—Lee cada informe. Revisa cada número. No he conocido a nadie que trabaje más horas en este edificio. —Baja la voz, como si compartiera un secreto—. Entre nosotros, creo que no duerme.

Sonrío. Komiya es un hombre amable. Amable de verdad. Me cae bien. Ese podría ser un problema.

No estoy aquí para que me caiga bien la gente.

***

Mi escritorio está junto a la ventana, aunque mis únicas vistas son un trozo de cielo entre dos edificios. El portátil es de una calidad excelente con el puerto USB sellado con una pieza de plástico negro que parece imposible de quitar. La red Wi-Fi me da acceso al sistema SAP, a la base de datos de clientes y a un servidor compartido con carpetas ordenadas por trimestre.

Nivel uno.

Paso la primera hora tratando de familiarizarme con el sistema. Los datos están bien organizados, con una estructura de carpetas que delata a alguien obsesivo. Cada transacción tiene su código, su fecha, su contraparte. Todo cuadra.

Todo cuadra demasiado bien.

En consultoría aprendes una cosa: cuando los libros están perfectos, mienten. No siempre, pero las empresas con una contabilidad inmaculada suelen tener un segundo juego de libros en algún otro lugar. Es como un restaurante con la cocina demasiado limpia: o acaban de fregar o no cocinan ahí.

Encuentro lo que busco a las once de la mañana.

No es gran cosa. Es un proveedor de suministros para Hagure Dining Group que factura servicios de consultoría genéricos por importes que siempre terminan en cifras redondas. Trescientos mil yenes. Quinientos mil. Doscientos mil. Nadie factura en cifras redondas. Nadie. Ni siquiera los consultores más vagos del mundo se molestan en redondear sus facturas al yen exacto. Es una mancha minúscula en una sábana blanca, pero está ahí.

Hago clic, miro, cierro. Veinte segundos. Si alguien revisa los logs de mi sesión, verá que una empleada nueva exploró el sistema durante su primer día. Algo normal.

Lo que no verán es que acabo de confirmar mi primera hipótesis: la rama de restauración de Onuki Holdings tiene facturas que quizá no cuadran. Proveedores genéricos, cifras redondas, servicios vagos. Es la firma clásica de una operación de blanqueo de baja intensidad.

Y Hagure Dining Group es el proyecto personal de Azusa Onuki.

***

La veo por primera vez a las dos y cuarto de la tarde.

No la escucho llegar. Nadie la escucha llegar. Cuando levanto la cabeza ya está ahí, de pie junto al escritorio de Tanaka, el controller, revisando un documento que él le muestra en la pantalla.

La hija del hombre que destruyó a mi padre.

La frase me atraviesa el estómago. Hace falta. Necesito que me ancle a la realidad, porque durante tres segundos, al ver a esa mujer, acabo de olvidar por qué estoy aquí, y eso es imperdonable.

Ella desvía la cabeza y me mira.

Pero no como hizo Komiya, con amabilidad. Me mira como se mira un problema nuevo. Con atención. Con algo que podría ser curiosidad pero que en su cara parece más bien una evaluación de riesgos.

—Aramaki-san —saluda.

—Onuki-san. —Me levanto. Reverencia. Treinta grados, la medida justa entre respeto y dignidad—. Gracias por la oportunidad de trabajar aquí.

—¿Cómo está siendo el primer día?

—Productivo. El sistema está muy bien organizado.

—Lo organicé yo misma.

Lo dice sin presumir. Es un dato, como la temperatura exterior o el precio del yen. A continuación, se da la vuelta y desaparece como llegó, sin hacer ruido. Como un fantasma.

Me siento y miro la pantalla sin ver los números.

Debo tener cuidado. No solo con la seguridad, o con los logs en el sistema. Esto va más allá de mi identidad falsa. Tengo que tener cuidado con lo que acaba de pasar dentro de mi cuerpo cuando Azusa Onuki me ha mirado.

CAPÍTULO 4

AZUSA

Igarashi llega tarde a propósito.

Es una táctica que usa desde antes de que a mí se me permitiese entrar en esta sala. Llegar de vez en cuando cinco minutos tarde a la reunión del clan no es un descuido. Es un mensaje que nos dice que su tiempo es más valioso que el nuestro. Nos reta a empezar sin él si nos atrevemos.

Y nadie se atreve.

La sala trasera de Hagure no se parece en nada al restaurante que los clientes ven. Aquí no hay decoración, las paredes son de hormigón visto, la mesa rectangular y pesada, de cerezo oscuro, y no hay ventanas. Ocho sillas. Mi padre en la cabecera. Senda a su izquierda, con su taza de té que nunca abandona. Los demás distribuidos según una jerarquía que no está escrita en ningún sitio pero que todo el mundo respeta. Yo me siento al lado de Senda. Siempre al lado de Senda. Es el único flanco de esta mesa donde sé exactamente qué hay a mi espalda.

Igarashi entra con Nishida medio paso por detrás. Nishida se sienta al fondo, junto a la puerta, con la espalda contra la pared y las manos sobre los muslos. El irezumi de la carpa koi le asoma por el puño de la camisa. Es un hombre que sabe estar quieto. Eso le hace más útil que la mayoría de los que se sientan a esta mesa.

Igarashi ni siquiera se disculpa. Mira a mi padre. Mira a los demás y, a continuación, me clava la mirada.

Empezamos con lo habitual durante unos veinte minutos. Territorio. Ingresos. La zona de Shinjuku, que es de Igarashi, lleva tres trimestres cayendo porque aprieta demasiado fuerte. Esto lo sé pero no lo digo.

—Los ingresos de Shinjuku —dice mi padre, mirando un papel que lleva cifras escritas a mano, nunca impresas, nunca digitales.

Igarashi se inclina hacia adelante. Despacio.

—Estamos en proceso de ajuste. Hay dos negocios que se resisten. Lo resolveremos esta misma semana —le asegura, entrelazando las manos sobre la mesa.

—¿Cómo?

—Como siempre se resuelven estas cosas —dice sin más.

Mi padre no parpadea. Senda bebe un sorbo de su taza de té. Yo miro las cifras que tengo delante y abro la boca, aunque quizá no debería.

—El problema no son dos negocios que se resisten. El problema es que en Shinjuku estamos cobrando un treinta por ciento por encima de la tarifa que acordó el consejo hace dieciocho meses.

Toda la sala se queda en un silencio demasiado incómodo.

Igarashi gira la cabeza hacia mí muy lentamente.

—¿Y eso te lo ha dicho quién?

—En los libros se declara que algunos comerciantes no pagan. "Impagos", dice el informe. Pero si no pudiesen pagar, pedirían un aplazamiento, es demasiado peligroso no pagar. No lo hacen y la razón es que todos pagan hasta el último yen. Solo que pagan más de lo que aparece en los libros del clan. La diferencia se la queda alguien y la esconde tras la palabra "impagos".

Lo digo mirando a las cifras, sin levantar la voz. Como si fuese un problema contable y no una grave acusación de que está robando al clan.

Igarashi sonríe. Creo que duda entre si merece la pena responder o es más eficiente esperar a que el problema se resuelva solo. Al final, decide responder.

—Agradezco tu interés, pero quizá deberías centrarte en tus restaurantes y dejar la zona de Shinjuku a quien lleva treinta años gestionándola —dice sin perder la sonrisa.

—Si quien lleva treinta años gestionándola puede explicar dónde va la diferencia, estaría encantada de centrarme en mis restaurantes —murmuro, esta vez manteniéndole la mirada.

Mi padre levanta la mano. Solo tres centímetros, pero la conversación muere de inmediato.

—Igarashi. Revisa la tarifa de Shinjuku y tráeme un desglose antes de fin de mes —ordena.

—Kumichō, con todo el respeto...

—Fin de mes —zanja mi padre.

Igarashi asiente lentamente y, a continuación, me mira. No dice nada, pero sus ojos llevan una amenaza implícita. La reunión termina quince minutos más tarde. Mi padre sale primero. Senda segundo, con su taza de té, como un monje camino de otra meditación. Los demás en fila.

Igarashi se detiene en la puerta. Nishida ya está fuera, esperando.

—Tu padre no va a estar siempre sentado en esa silla, Azusa. Lo sabes, ¿verdad?

Usa mi nombre de pila. No el apellido y tampoco el cargo. Es la versión elegante de escupir en el suelo junto a mis botas.

—Buenas noches, Igarashi-san —digo, tratando de mantener la calma.

Cuando sale y cierro la puerta, el hormigón de las paredes absorbe el eco de sus pasos.

Tu padre no va a estar siempre sentado en esa silla.

No es una amenaza nueva. Es una predicción. Y lo peor de las predicciones de Igarashi es que suelen cumplirse.

***

Hisako me espera en el coche. Un Lexus negro con cristales tintados que dejamos aparcado en la calle trasera de Hagure. Es leal. Puede arrancarte el brazo con la mano izquierda mientras conduce con la derecha.

No arranca. Eso significa que tiene algo.

—¿Qué ocurre? —pregunto, abrochándome el cinturón de seguridad.

—Tengo el informe preliminar de Shio Aramaki.

—Habla.

—El máster en la universidad de Londres es real. Las notas son reales. Su trabajo en consultorías de primer nivel son reales. La recomendación del profesor Henderson también es real. Hasta ahí, todo limpio.

Espero. Hisako no habría mencionado "hasta ahí" si todo fuese limpio del todo.

—¿Pero?

—Antes de 2019 no existe. Ningún registro escolar, ninguna dirección, ningún historial médico, ninguna huella digital. Es como si hubiese nacido a los veintiuno.

—¿Podría ser un cambio de nombre legal?

—Podría. Pero los cambios de nombre dejan registro. Este no lo tiene. Es una identidad que empieza en un punto concreto y no tiene raíces por ninguna parte.

Miro por la ventanilla. Ginza a las once de la noche es un circuito de taxis y luces que se reflejan en el asfalto mojado. Ha llovido mientras estábamos en la reunión y ni siquiera me he dado cuenta hasta ahora.

—¿Mishio? Nuestras relaciones son muy tensas con ellos.

—Es la hipótesis más lógica. Si quisieran meter a alguien dentro, el departamento financiero sería el lugar ideal —responde con calma mientras gira a la derecha.

—¿Alguna conexión?

—Ninguna. Pero eso es justamente lo que esperarías si lo han preparado bien.

Hisako tiene razón. La ausencia de conexión no es prueba de inocencia, es más bien todo lo contrario.

—¿Sigo investigando? —pregunta con cautela.

La pregunta tiene más capas de las que parece a simple vista. Seguir investigando significa dedicar recursos y cuando se dedican recursos, tarde o temprano, alguien se entera y luego hay que dar explicaciones muy incómodas.

—Todavía no. Quiero ver cómo trabaja, qué busca, qué preguntas hace. Si rinde cuentas a Mishio, en algún momento cometerá un error. Siempre lo cometen. Y si no es del Mishio, tengo una excelente analista con un pasado que no es asunto mío.

Hisako asiente y el Lexus se desliza por Ginza sin ruido.

—Hay otra cosa —dice, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Qué?

—He revisado los logs del sistema. Aramaki accedió ayer a las facturas del Hagure Dining Group. Abrió el archivo durante unos veinte segundos y lo cerró.

Veinte segundos. Suficiente para ver las cifras redondas. Insuficiente para extraer datos. Es el comportamiento de alguien que sabe lo que busca, pero no quiere dejar huella.

O quizá el comportamiento de una analista curiosa en su primer día de trabajo que abrió una carpeta al azar y no encontró nada relevante.

—¿Veinte segundos exactos?

—Veintidós.

—Monitoriza sus búsquedas a partir de ahora —ordeno—. Sin que se note. Quiero un informe de cada archivo que abra. Podría no ser nada… o podría estar buscando algo en concreto.

Cruzamos Roppongi y el edificio donde vivo aparece al fondo, una torre de cristal que se confunde con las demás. Treinta y ocho plantas de personas que no se conocen, apiladas en apartamentos casi idénticos, separadas por muros tan finos que a veces escucho la televisión del vecino.

El día ha sido interesante. Catorce horas de trabajo. Una reunión del clan donde acusé a Igarashi de robar delante de mi padre. Una nueva empleada con un agujero de muchos años en su biografía que ha tardado veintidós segundos en encontrar en concreto el tipo de factura que usamos para blanquear dinero.

—Hisako.

—¿Sí?

—Esa chica es inteligente.

Hisako aparca frente al edificio. Apaga el motor y me mira por el retrovisor.

—¿Eso es bueno o malo?

—Las dos cosas, depende de sus intenciones.

Salgo del coche. Subo al piso treinta y ocho, me quito los zapatos en la entrada, me sirvo un Yamazaki con dos hielos y me siento en el sofá frente al ventanal.

Shio Aramaki. Una pared nueva en un edificio viejo. Posiblemente haya encontrado una grieta en mi estructura el primer día. Eso me preocupa y al mismo tiempo me interesa.

Normalmente, la gente que intenta infiltrarse comete uno de dos errores: o bien se esconde demasiado y pasa desapercibida, o se acerca demasiado rápido y levanta sospechas. Lo que no hacen es sentarse en su escritorio y encontrar, en veintidós segundos de navegación casual, el punto exacto donde la estructura falla.

A menos que sepan dónde mirar o que alguien les haya dicho qué buscar.

Doy un trago al whisky. Me quema la garganta, pero lo necesito.

Mañana le daré más acceso para ver cómo reacciona. Mañana la pondré a trabajar con datos reales, no con las carpetas de bienvenida. Vamos a ver qué hace con lo que le damos. Si tira del hilo equivocado, Hisako lo verá. Si no tira de ningún hilo, me puedo relajar.

Y si tira del hilo correcto y lo hace bien, entonces tengo un problema mucho más interesante que una espía del Mishio. Tengo a alguien que sabe muy bien lo que hace y eso es bastante más peligroso.

CAPÍTULO 5

SHIO

Veintidós días sentada en un escritorio junto a la ventana de la planta seis, bebiendo hojicha tibio, respondiendo correos con educación y siendo la analista financiera más aburrida de Tokio.

Por las noches, soy otra persona.

El armario empotrado del apartamento de Shimokitazawa ya no está vacío. Las puertas correderas se abren a una pared cubierta de papel. Informes trimestrales que he memorizado antes de devolver. Notas escritas a mano en una libreta de cien yenes que compré en el Daiso de la esquina. Líneas de rotulador rojo conectando nombres con fechas, fechas con cantidades, cantidades con direcciones.

En el centro de todo, la foto de mi padre. No la que llevo en el móvil, esa en la que sonríe detrás de la barra de nuestro restaurante.

El muro crece cada noche. Lo monto cuando llego del trabajo y lo desmonto antes de acostarme, dejando las hojas apiladas en una carpeta dentro de la maleta que guardo bajo el futón. Si alguien entrase en este apartamento y abriese el armario, vería una pared blanca y ropa colgada. Si moviese la ropa y mirase la carpeta, pensaría que soy una analista financiera con mucha obsesión por mi trabajo.

Pero nadie va a entrar. Nadie sabe que vivo aquí, excepto Ren, el chaval del konbini, que a estas alturas me saluda con un

“buenas noches, vecina” y me guarda el último onigiri de umeboshi cuando me ve llegar tarde.

Y hoy el muro me ha dado algo.

Todo comienza con los proveedores. Hagure Dining Group tiene catorce proveedores registrados en el sistema SAP. Doce son normales: productores de pescado, distribuidores de sake, una granja de wagyu en Kagoshima, una empresa de manteles de lino. Tienen su historial de muchos años, tienen registros fiscales cruzados, tienen facturas con importes irregulares como las que tiene cualquier negocio real. Números con decimales, con IVA desglosado, con conceptos específicos.

Los otros dos proveedores son distintos.

Las otras dos consultoras. Ambas facturan “servicios de consultoría estratégica” por importes redondos. 300.000. 500.000. 200.000. Nunca decimales. Y cuando busco sus registros mercantiles en la base de datos, los dos tienen la misma fecha de constitución, el mismo domicilio fiscal y el mismo apoderado.

Un nombre que no reconozco. Todavía.

He anotado las facturas de los últimos cuatro trimestres. Dieciséis meses de pagos regulares a dos empresas fantasma que facturan aire. La suma total es discreta, repartida en cantidades que no disparan alarmas automáticas, pero también es constante.

Es un blanqueo básico, discreto, bien calibrado. El dinero entra sucio por un lado y sale limpio por el otro, con facturas que justifican el movimiento.

Pego las hojas en el muro con cinta adhesiva. Las facturas a la izquierda. Los proveedores reales a la derecha. En medio, una línea roja que conecta las dos consultoras con el apoderado compartido.

Me siento en el suelo, con la espalda contra la pared opuesta al armario, y estudio lo que tengo.

Lo que tengo es una mancha, todavía no es una conexión. ¿Quién da las órdenes? ¿Dónde va el dinero después de salir de la

consultora? ¿A una cuenta personal? ¿A la estructura criminal directamente?

Desde Nivel 1 no puedo saberlo. Necesito Nivel 2. Y para eso necesito que alguien me dé acceso.

No puedo pedirlo. Pedirlo en la tercera semana sería sospechoso. Tengo que esperar a que me lo ofrezcan.

La paciencia. El ingrediente secreto.

***

Mi padre hacía ramen de cerdo. Tonkotsu. Los huesos hervían desde las cuatro de la mañana en una olla de cien litros que ocupaba media cocina. A las siete entraba yo, con el uniforme del colegio, y el vapor me pegaba la camisa al cuerpo antes de sentarme en el taburete alto de la barra.

—Prueba —decía, entregándome una cucharilla.

Yo lo probaba. A los siete años no sabía distinguir el umami del glutamato, pero conocía la diferencia entre un caldo bueno y uno perfecto. El bueno sabía a cerdo. El perfecto sabía a todo lo demás: a la cebolla que se había quemado un poco en el fondo, al jengibre fresco, a esa nota salada que mi padre llamaba "el alma del hueso".

—¿Y? —preguntaba, con el delantal manchado, clavándome la mirada como si mi opinión fuese la única que importaba.

—Le falta algo.

—¿Qué le falta?

—No sé. Algo.

Se reía. Esa risa que terminaba en las arrugas de los ojos.

—Algo. Eso es precisamente lo que le falta. Siempre le falta algo. Y el día que no le falte nada, dejo de cocinar. Porque la gracia está en buscar lo que falta.

***

Cuando empujo la puerta a las once de la noche, Ren levanta la cabeza de su teléfono móvil y hace un gesto de saludo que es

mitad reverencia, mitad espasmo.

—Vecina. Umeboshi guardado. Lo tengo detrás, en la reserva de emergencia.

—¿Cuántos vecinos tienes en reserva de emergencia? —pregunto con curiosidad.

—Solo tú y el señor Uchida del tercero, pero él compra siempre el de atún, así que no hay conflicto —explica muy contento.

Cojo el onigiri, un vaso de tonkotsu instantáneo y un café frío. Ren lo escanea todo sin prisa. A esta hora el Lawson está vacío y él estira cada transacción como si fuera la última conversación del día.

—Oye, ¿todo bien? —pregunta sin mirarme, concentrado en meter los palillos en la bolsa.

—¿Por qué?

—Compras ramen instantáneo todos los días. Todos. No te juzgo, pero llevo tres semanas viéndote entrar a las once de la noche con cara de no haber dormido lo suficiente y compras la misma cena. ¿No te estarás, no sé, castigando por algo? Solo pienso en voz alta, ¿eh? No lo tomes como algo personal.

La pregunta me pilla con la guardia baja. Ren guarda el cambio en la caja, no me mira, pero tiene las orejas rojas.

—Es algo temporal —digo sin dar más explicaciones.

—Ya. —Cierra la caja—. Mi madre siempre dice que lo temporal es lo que más dura. Pero qué sabrá ella, solo lleva cuarenta años cocinando.

Se me escapa una sonrisa. La primera del día.

—Gracias, Ren.

—Si un día quieres comida de verdad, los martes la señora Okada del izakaya de la esquina prepara un nikujaga que te cambia la vida. Dile que vas de mi parte y te cobra la mitad. Me debe un favor porque le arreglé el router.

La melodía de la puerta me despide. Camino por Shimokitazawa con la bolsa en una mano y el teléfono en la otra. La

foto de mi padre me mira desde la pantalla cuando lo enciendo. Un hombre sonriendo detrás de una barra. Un hombre que habría odiado verme comer ramen instantáneo cada noche en el suelo de un apartamento de veinticinco metros cuadrados.

Pero lo entendería porque él también buscaba lo que faltaba, cada mañana, con la cucharilla y el caldo y la olla de cien litros.

La diferencia es que lo que le faltaba a él se podía encontrar en una cocina. Lo que me falta a mí, está encerrado en un edificio de Roppongi, detrás de cuatro niveles de seguridad, protegido por una mujer que todo el mundo dice que es extremadamente peligrosa.

Hay algo que me preocupa y no tiene nada que ver con los proveedores fantasma.

Cada búsqueda que hago en el sistema queda registrada en algún sitio. Es imposible que un sistema corporativo de este nivel no tenga logs de actividad. Cada clic, cada archivo abierto, cada consulta. Todo deja huella en algún lugar. Otra cosa es que lo revisen o no lo hagan.

He tratado de ser cuidadosa. No he buscado nada que una analista de Nivel 1 no buscaría en el curso normal de su trabajo. Me he molestado en camuflar las consultas que de verdad me interesan entre docenas de consultas anodinas: informes trimestrales, presupuestos de departamento, organigramas. Si alguien revisa mis logs, verá a una empleada nueva explorando el sistema. Normal.

Pero ni siquiera sé quién tiene acceso a esos logs o con qué frecuencia los miran. Desconozco si hay alertas automáticas que se disparan cuando alguien accede a ciertos archivos.

Estoy dejando huellas en la nieve esperando que nadie las vea.

Me meto en el futón e intento dormir con el sonido de un tren lejano como ruido de fondo.

Necesito acceder al nivel 2 de seguridad.

Pero, sobre todo, necesito dejar de pensar en el cuello de Azusa Onuki cuando cierro los ojos, porque eso no estaba en ningún plan y es un desperdicio de energía que no me puedo permitir.

Pero ahí está. Cada noche.

Me doy la vuelta en el futón. Cierro los ojos. Pienso en proveedores fantasma hasta que el cerebro se rinde y me deja dormir.

CAPÍTULO 6

AZUSA

Le pido a Shio Aramaki que me acompañe a Hagure un martes por la noche como si fuese una invitación normal.

No lo es, aunque eso no tiene por qué saberlo.

Tenemos una cena con los Yamamoto, un grupo inversor de Kōbe que quiere entrar en la segunda ronda de financiación de Hagure Dining. Son cuatro: el patriarca, dos hijos y un abogado que toma notas y no come casi nada de lo que le ofrecemos. Necesito a alguien que pueda explicar la estructura financiera de Hagure sin que los números suenen a lo que realmente son.

Aramaki llega diez minutos antes que los inversores. Lleva el mismo traje gris de siempre, pero se ha cambiado la blusa blanca por una negra y se ha soltado el pelo. Detalles mínimos. Sabe que Hagure no es una oficina.

—Llegas temprano —digo desde la barra, donde estoy revisando la lista de platos con Matsubara.

Matsubara levanta una ceja, pero no dice nada. Nunca dice nada cuando hay alguien nuevo en la barra. Solo observa, con esa paciencia de artesano que me hace confiar en él más que en la mayoría de las personas que conozco.

La cena empieza a las siete. Los Yamamoto son educados, formales, previsibles. El patriarca hace preguntas sobre márgenes de beneficio. El hijo mayor quiere saber sobre nuestros proyectos de expansión. El abogado escribe sin levantar la cabeza.

Aramaki les explica las proyecciones financieras a cinco años con una claridad que me sorprende. No porque dudase de su competencia, más bien porque hay una diferencia entre leer un informe bien hecho y escuchar a alguien traducir los números en una historia que tiene sentido. Aramaki no habla de cifras, habla de futuro. El hijo menor, que no había abierto la boca en veinte minutos, le hace tres preguntas seguidas.

Eso es lo que necesitaba ver. Funciona bajo presión y sabe leer una sala.

Los Yamamoto se van a las nueve y media. Satisfechos. El abogado cierra su cuaderno con una reverencia. El patriarca me estrecha la mano. El hijo menor le pide una tarjeta a Aramaki. Ella no tiene y le da el correo corporativo con una sonrisa que parece diseñada para ese momento exacto.

Matsubara recoge los platos. La cocina se cierra. Hagure queda vacío excepto por ella y por mí, sentadas en la barra de ciprés con los restos del omakase entre las dos.

Debería enviarla a casa. La cena ha terminado. La prueba ha terminado y ha funcionado de manera satisfactoria. Es buena, mañana le daré acceso al nivel 2 de seguridad y veré qué hace con datos reales.

En lugar de eso, le sirvo sake. Junmai daiginjo de Niigata, el que guardo detrás de la barra y que no está en la carta.

—¿Siempre guardas un sake secreto? —pregunta, mirando la botella sin etiqueta.

—Solo para las ocasiones especiales.

—¿Los Yamamoto no lo merecían?

—Los Yamamoto han bebido el Kubota Manju que estaba en la carta. A cien mil yenes la botella, no se han quejado.

—¿Y este?

—Este no tiene precio porque me lo regala el productor cada noviembre. Es un hombre que lleva cuarenta años haciendo sake en

un pueblo de trescientas personas y que se niega a vender a distribuidores. Solo produce para amigos.

Aramaki levanta el vaso. Lo huele antes de beber, pero no es un gesto de cortesía, es un reflejo. Alguien, en algún momento de su vida, le enseñó a oler antes de probar.

—Arroz y agua —dice de pronto—. Nada más. Es sorprendente que algo tan simple pueda ser tan completo. La mayoría de la gente cree que la complejidad viene de añadir cosas. Más ingredientes, más técnica, pero lo difícil es justamente lo contrario, reducir capas hasta que solo quede lo esencial.

—¿Me estás hablando de sake o de contabilidad? —pregunto, arqueando las cejas.

—Las dos cosas funcionan igual. Un balance limpio es un balance donde no sobra nada. Si hay una línea de más, es que algo está mal —responde con media sonrisa.

Cambio de tema. No porque quiera, me gustaría tener una conversación real con ella, me parece una persona inteligente, pero debo comprobar algo.

—A propósito de balances —digo, haciendo girar el vaso entre los dedos—. He estado revisando las cuentas del último trimestre de la rama inmobiliaria. Hay una discrepancia del cuatro por ciento entre los ingresos declarados y los flujos de caja. ¿Lo has notado?

Es mentira. No hay ninguna discrepancia del cuatro por ciento. Los números de la rama inmobiliaria están limpios. Es una trampa. Si Aramaki lo ha revisado, dirá que no ha encontrado nada. Si no lo ha revisado, dirá que lo mirará. Si es una espía competente, no corregirá a su jefa.

—No he llegado a la rama inmobiliaria en detalle todavía —dice—. Puedo revisarlo mañana si quieres.

Respuesta perfecta. Ni corrige ni confirma. No se delata sabiendo demasiado ni finge saber demasiado poco. Es justo lo que haría una persona inteligente que está ocultando algo.

Matsubara sale en ese momento de la cocina secándose las manos. Se detiene al vernos. Lleva cuatro años viéndome sentada sola en esta barra después de cada servicio, con un whisky y el portátil, sin compañía. Que haya una mujer sentada a mi lado bebiendo sake es algo nuevo.

—¿Necesita algo más, Onuki-san?

Le digo que puede irse y nos deja solas de verdad.

Aramaki hace girar el vaso de sake entre los dedos. Tiene las manos pequeñas, los nudillos algo pronunciados. Una cicatriz fina en la muñeca izquierda, medio escondida por la manga de la blusa.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Onuki-san?

—Depende de la pregunta.

—¿Por qué restaurantes? —suelta de pronto.

Es extraño, nadie me pregunta eso. Todo el mundo asume que Hagure es una extensión del negocio familiar, una pieza más del engranaje, una manera fácil de lavar dinero o alguna tapadera.

—Porque la comida no miente. Todo lo demás en mi trabajo se puede falsificar. Un balance, una reunión, una sonrisa. La comida no. No hay forma de fingir un buen plato —respondo.

—Mi padre decía algo parecido —añade con una sonrisa cargada de melancolía.

Lo dice sin pensar y su cara cambia justo después de decirlo, como si acabase de darse cuenta de que me ha dicho algo que no quería decir.

—¿Tu padre cocina? —pregunto con cautela.

—Cocinaba. Murió hace tiempo.

Eso es todo. No da más explicaciones. Cierra la puerta con la misma limpieza con la que abre los archivos financieros: accede, mira, sale.

Excepto que ahora sí ha dejado huella, porque ahora sé que su padre cocinaba. Y que está muerto. Y que a ella, cuando habla de

su padre muerto, le cambia la cara de un modo que no se puede falsificar.

Todos los balances del mundo se pueden maquillar. Esa expresión, no.

Se va a las once con una reverencia. Todo muy formal. La puerta de hinoki se cierra detrás de ella y Hagure vuelve a ser mío.

He aprendido tres cosas esta noche. Que Aramaki funciona bien bajo presión y sabe leer una sala. Que pasó el test del cuatro por ciento sin delatarse en ninguna dirección. Y que su padre cocinaba y está muerto.

Y también me he descubierto mirándole la boca mientras hablaba al menos tres veces.

Y estoy sonriendo.

Mañana le daré acceso al nivel 2 de seguridad. Veamos si los cimientos de esta pared aguantan más peso o se derrumban.

CAPÍTULO 7

SHIO

El nombre que buscaba aparece un jueves a las cuatro de la tarde escondido en una nota a pie de página.

Nivel 2 de seguridad. Llevaba tres días con acceso a las cuentas consolidadas de Hagure Dining y no había tocado nada que no tocase cualquier analista con un trabajo de verdad. Informes de proveedores. Conciliaciones bancarias. Flujos de caja intercompany que conectan Hagure con el resto del grupo Onuki Holdings. Todo limpio en la superficie, todo regular y aburrido.

Hasta que llego a esa nota.

Es un memorándum interno de hace catorce meses. Autorización de pago extraordinario a la consultora por concepto de "coordinación operativa en zona Shinjuku." Firmado digitalmente por la directora, Azusa Onuki. Pero en la nota a pie, en letra ocho, hay una referencia: "Operación autorizada por el wakagashira. Ref. interna JI-2019-034."

JI.

Jō Igarashi.

Las iniciales se me quedan clavadas en la retina como el flash de una cámara. JI. Jō Igarashi. El nombre no aparece completo en ninguna parte del sistema de Nivel 2. Solo las iniciales, solo en notas a pie de página, solo en documentos de más de un año de antigüedad. Alguien los ha limpiado parcialmente. No del todo. Lo suficiente para que un empleado normal no los encuentre.

Abro el buscador interno y tecleo "JI-2019". Tres resultados. Tecleo "JI-2018." Dos más. Tecleo "JI-2017." Uno. Seis documentos

en total, todos con la misma estructura: autorizaciones de pago a empresas de consultoría genérica referenciados a operaciones del wakagashira.

Las abro una a una. Veinte segundos por documento. Leo, memorizo, cierro. No descargo nada, tampoco lo imprimo ni copio. Todo se queda en mi cabeza, donde los logs del sistema no pueden seguirme.

Las direcciones de los pagos cambian, también los importes. Las empresas receptoras mudan el nombre cada seis meses. Pero el patrón es el mismo: dinero que sale de Hagure Dining, transita por una empresa fantasma y desaparece en una cuenta que no está en el sistema de Nivel 2.

Y todas las operaciones llevan las mismas iniciales. JI.

Cierro el último documento y me quedo mirando la pantalla. El reloj de la esquina inferior dice las cuatro y treinta y dos. Tanaka, el controller, teclea a tres escritorios de distancia. La impresora del fondo escupe un informe que nadie recogerá en los próximos diez minutos.

Todo sigue igual. Excepto que ahora tengo un nombre que lo cambia todo.

***

Sabía que los Onuki habían destruido a mi padre. Eso lo sé desde que tenía dieciséis años y empecé a investigar con un portátil de segunda mano en la biblioteca pública de Hackney. Sabía que fue el clan. Sabía que fue extorsión. Sabía que fue Shinjuku.

Lo que no sabía era el nombre.

Mi padre tenía tres restaurantes de ramen. Los abrió uno a uno a lo largo de quince años, empezando por un local de doce asientos en un callejón trasero de Shinjuku. El segundo en Takadanobaba. El tercero cerca de la estación de Shin-Ōkubo. Los tres funcionaban bien. Los tres tenían clientela fija, proveedores leales y buena reputación.

La destrucción se hizo poco a poco. Proveedores que dejaron de servir sin explicación alguna. Inspecciones sanitarias que aparecían cada semana con listas de infracciones inventadas. La licencia del primer restaurante fue revocada por una queja que nadie pudo identificar. Los bancos cerraron de pronto las líneas de crédito a pesar de que todos los pagos estaban al día.

En menos de un año pasamos de tres restaurantes a ninguno. Mi padre lo perdió todo y fue demasiado para él.

Todo eso lo sabía. Lo que todavía no tenía era un nombre. Tenía un clan, una estructura, la certeza de que alguien había dado la orden. Pero un "alguien" abstracto, uno que no tenía cara ni nombre. Ahora sé que esa persona ocupa una silla en las reuniones del clan y le faltan varias falanges.

Jō Igarashi es el hombre que destruyó a mi padre.

***

Salgo de Onuki Holdings a las seis en punto. Hoy camino, no cojo el metro. Necesito mover las piernas, sentir el aire de Tokio en la cara.

Shinjuku. El barrio de mi padre.

El local del primer restaurante ya ni siquiera existe. En su lugar lo han juntado con el de al lado y han puesto una tienda de ropa de segunda mano con un letrero de neón rosa. Al lado, una máquina expendedora de bebidas calientes. Enfrente, un pachinko con las puertas abiertas y el ruido de las bolas de metal cayendo como lluvia dentro de una lata.

Me quedo de pie en la acera, delante de la tienda de ropa, mirando el escaparate, pero no veo camisetas y vestidos usados, veo un pequeño restaurante con doce asientos, una barra de madera y una olla de cien litros al fondo. Lo que huelo no es el aceite de las freidoras del restaurante de al lado, huelo el caldo de cerdo a las siete de la mañana y siento el vapor que se pega a la piel.

Una mujer sale de la tienda con una bolsa y me mira raro. Llevo cinco minutos parada en la acera con los puños cerrados

dentro de los bolsillos del abrigo y los ojos humedecidos. Si pudiera explicarle por qué estoy aquí, no me creería. Si pudiera explicarle lo que había antes en este local, le daría igual. Es una tienda de ropa usada. Quizá para ella siempre ha sido una tienda de ropa usada.

El mundo entero funciona así. Las cosas desaparecen y el espacio que dejan se llena con otra cosa y nadie se acuerda de lo que había antes, así que sigo caminando.

El segundo restaurante es ahora una farmacia. El tercero, el de Shin-Ōkubo, es un local de pollo frito coreano que huele bastante bien. Por algún motivo me enfurece que alguien cocine en el sitio donde mi padre cocinaba. Me enfurece que el mundo haya seguido funcionando. Que Shinjuku siga aquí, con sus neones y su ruido y sus millones de personas que no saben que un hombre se arrodilló en un almacén vacío, decidió que no podía aguantar más y se quitó la vida.

Jō Igarashi.

Juro que encontraré el modo de hacérselo pagar.

***

A las once de la noche, en el apartamento de Shimokitazawa, abro el armario y monto el muro una vez más.

Las hojas de los proveedores fantasma siguen a la izquierda. Los datos de Hagure a la derecha. Los seis documentos de hoy están en mi cabeza, no en papel, todavía no están ahí, primero debo transcribirlos de memoria, sentada en el suelo con la libreta sobre las rodillas, con la caligrafía más pequeña que me permiten los dedos.

Seis referencias. Seis autorizaciones de pago. Todas vinculadas a operaciones del wakagashira. Jō Igarashi.

Cuando termino de escribir, arranco la hoja de la libreta y la pego en el centro del muro, encima de la foto del registro mercantil de mi padre. Cojo el rotulador rojo. Escribo el nombre en mayúsculas, despacio, apretando la punta contra el papel hasta que la tinta se extiende más de lo necesario.

JŌ IGARASHI.

Lo rodeo con un círculo. Trazo líneas desde el nombre hasta los proveedores fantasma, hasta las fechas, hasta Shinjuku. Desde el nombre hasta la foto de mi padre en su registro mercantil, un documento burocrático que debería ser neutro pero que para mí pesa igual que una lápida.

A continuación, me siento en el suelo, con la espalda contra la pared, y miro lo que he hecho.

El muro ya no es una constelación de datos con un centro vacío, ahora tiene gravedad. Todo orbita alrededor de ese nombre escrito con un rotulador rojo, con la tinta todavía húmeda.

Esta noche no pienso en Azusa Onuki. Hoy no hay espacio para nada que no sea esto.

Mi padre se levantaba a las cuatro de la mañana para hacer caldo. Hervía los huesos con paciencia porque sabía que las cosas que importan necesitan tiempo. Tardó quince años en construir sus restaurantes. Jō Igarashi tardó meses en destruirlos.

Ahora sé su nombre. Ahora sé quién firmó las órdenes. Y ahora sé exactamente lo que necesito encontrar: las pruebas que conectan a Igarashi con la operación de extorsión que mató a mi padre. No al clan. A él. De manera personal, con su firma, sus iniciales, y su huella.

Porque tener un nombre le da un propósito a mi rabia.

CAPÍTULO 8

AZUSA

Igarashi lleva tres meses empujando la idea de una alianza matrimonial con los Hayami y esta noche mi padre ha decidido no descartarla. Me presentan al que pretenden que sea mi futuro marido entre el primer y el segundo plato de un omakase en un restaurante que no es el mío.

—Wataru Hayami —dice, con el tono con el que me presentaría a cualquier socio comercial—. Hijo de Hayami Kenji. Clan Hayami, Yokohama. Treinta años.

Wataru Hayami hace una reverencia y me dedica una mirada que es mitad cortesía y mitad resignación. Creo que a él tampoco le hace mucha gracia.

El restaurante es un kaiseki en Akasaka que mi padre frecuenta cuando quiere impresionar sin recurrir a Hagure. Suelo de tatami, sala privada, un biombo de papel que nos separa del mundo. La camarera trae el segundo plato: sashimi de hirame sobre hielo picado, con un shiso tan fresco que puedo olerlo desde el otro lado de la mesa.

Wataru es guapo de una manera objetiva. Mucho. La mandíbula cuadrada, el pelo cortado con precisión, traje azul marino que se ha puesto para agradar pero no para deslumbrar. Las manos bien cuidadas. Un reloj bonito pero discreto. Lleva la corbata aflojada un centímetro, lo justo para parecer relajado sin faltar al respeto a mi padre.

Si yo fuese la mujer que quieren que sea, sería perfecto para mí. Pero no lo soy.

—Wataru gestiona la rama de logística de los Hayami —continúa mi padre, dirigiéndose a mí pero hablando para la mesa entera—. Ha modernizado el sistema de distribución del puerto con unos resultados excelentes.

Igarashi está sentado en el extremo de la mesa. No debería estar aquí. Se supone que es una cena familiar, no una reunión del clan. Pero mi padre le ha invitado, porque en su cabeza Igarashi sigue siendo su mano derecha y nada de lo que yo diga sobre discrepancias en Shinjuku va a cambiar treinta años de lealtad percibida aunque yo no tenga nada claro que sea real.

Hablamos de todo un poco, de logística, de Yokohama, del futuro del comercio marítimo. Sabe de lo que habla. Hace preguntas inteligentes sobre Hagure Dining sin ser intrusivo. No me interrumpe, es educado. No me explica cosas que ya sé ni me mira el escote.

Parece un buen hombre y eso es peor que si fuera repulsivo y un machista.

Porque si fuera repulsivo, podría rechazarle sin sentir ninguna culpa. Si fuera estúpido, tendría una excusa. Si fuera violento o arrogante, mi padre lo entendería. Pero Wataru Hayami es inteligente y respetuoso y eso me deja sin razones para decir que no.

Excepto la razón que no puedo decir en alto y menos delante de otro clan.

El tercer plato es wagyu a la brasa con sal de Okinawa. Igarashi espera a que mi padre se levante para ir al baño. Es todo lo que necesita.

—Buen chico, el Hayami —dice, sin mirarme, cortando la carne con una precisión que resulta excesiva para una cena.

—Lo es.

—Hay gente en el consejo que lleva tiempo comentando. Una mujer de tu edad, de tu posición, todavía sin compromiso. La gente habla, ¿sabes?

—La gente siempre habla.

—Ya. Pero hay cosas de las que es mejor que no hablen. ¿No crees?

Se me revuelve el estómago, pero mantengo la calma. He sido entrenada desde pequeña para mantener siempre la compostura, independientemente de lo tensa que sea la situación.

—No sé a qué te refieres, Igarashi-san.

Wataru mira su plato en silencio. Ha escuchado la conversación, pero ha preferido no levantar la cabeza. No sé si ha entendido a lo que se refiere o si le importa.

Mi padre vuelve del baño. Se sienta. Mira el wagyu y la conversación se corta en seco.

—¿Está bueno?

—Excelente —dice Igarashi, con una sonrisa. Sabe que ha conseguido clavarme un cuchillo, aunque desconoce a qué profundidad.

El resto de la cena transcurre sin incidentes. Wataru me habla de un proyecto de renovación portuaria en Yokohama. Yo respondo con datos sobre el crecimiento del sector hostelero en Ginza. Somos dos profesionales intercambiando información en un contexto social. Es eficiente, cortés, justo lo que se espera de dos jóvenes herederos de un clan.

Nadie menciona un posible matrimonio de manera directa. No hace falta. Igarashi ha organizado esta cena, ha sugerido a los Hayami, ha creado el escenario. Mi padre se ha limitado a no decir que no. En nuestro mundo, no decir que no es lo mismo que decir que sí. Sé que la propuesta llegará en semanas. No de mi padre, del propio Igarashi, que la presentará como idea de todos, algo bueno para el futuro del clan. Y mi padre dejará que ocurra porque es más fácil que enfrentarse a la pregunta de por qué su hija no quiere casarse.

***

En el coche, de vuelta a Roppongi, Hisako conduce en silencio.

—¿Qué te ha parecido? —pregunto.

—¿Hayami?

—Sí.

—Parece competente. Y no desagradable.

—No desagradable. Qué elogio.

—¿Quieres que diga lo que realmente pienso? —pregunta con respeto.

—Prefiero que no lo hagas.

Hisako asiente. Conduce y las luces de Tokio pasan por la ventanilla en rayas de color. Rojo, blanco, amarillo, neón. Me recuesto contra el asiento y cierro los ojos.

Igarashi lo sabe, o al menos lo sospecha. No hay mucha diferencia en la práctica. Lo de la mesa no ha sido un comentario casual. Ha sido una marca, como las que se hacen en los árboles para saber por dónde se ha pasado. Ha pasado por aquí. Ha visto algo y volverá.

Soy la heredera de un poderoso clan y cada día que no salgo con un hombre es un día más de munición para Igarashi. Cada cena a la que no llevo acompañante, cada boda de un shateigashira a la que acudo sin pareja. Cada vez que mi padre pregunta "¿hay alguien?" y yo respondo "estoy muy ocupada con el trabajo" y él acepta la respuesta porque aceptar la respuesta es más fácil que hacer la pregunta de verdad.

Porque la pregunta de verdad en el mundo en el que nos movemos, es una pregunta que no tiene una respuesta segura.

Tenía dieciséis años cuando lo supe. Una compañera de clase con el pelo corto y la risa fácil. Me prestó un libro de Banana Yoshimoto y me acarició la cintura con disimulo. No pasó nada más. No necesitó pasar nada más. Lo supe en la piel, en la parte baja de mi vientre. Era algo que no había sentido con ningún chico.

Tuvimos algún encuentro furtivo en el instituto. Besos y muy poco más. Ella tenía miedo de que mi padre se enterase. Todo el mundo sabía a qué se dedicaba. Desde entonces he tenido muchos más encuentros. Casi todos fuera de Tokio. Mujeres sin nombre ni historia, sin ninguna conexión con mi mundo. Hoteles de Osaka y Kioto donde nadie sabe quién soy o a qué me dedico. Noches breves que luego se evaporaban sin dejar marca.

Las reglas estaban claras desde el principio. Una noche, sin preguntas.

—Hisako.

—¿Sí?

—¿Segawa ha enviado el informe semanal de logs?

—Lo recibí esta tarde. Iba a enseñártelo mañana.

—Enséñamelo ahora —exijo.

Hisako saca el teléfono del bolsillo con la mano derecha sin dejar de conducir con la izquierda y me lo pasa.

Lo leo por encima. Accesos normales, tráfico de red estable, un aviso de mantenimiento programado para el servidor de backup. Y al final, en una línea que parece rutinaria: "Búsquedas anómalas detectadas en el módulo de facturación, Q4. ID de usuario pendiente de identificación. Se recomienda monitorización pasiva."

Búsquedas anómalas. Módulo de facturación. Justo donde están los proveedores fantasma de Hagure.

—¿Segawa envía esto a alguien más? —pregunto.

—Es el informe estándar de IT. Va a la directora, al controller y al wakagashira.

Al wakagashira. A Igarashi.

Igarashi ha leído la misma línea sobre búsquedas anómalas, de eso estoy segura. Y si Igarashi es la mitad de inteligente de lo que creo que es, va a pedir a Segawa que identifique al usuario.

Cierro los ojos. Dos amenazas simultáneas. Igarashi sospechando de mi sexualidad en una mesa mientras comemos

wagyu y un informe de IT que podría llevar hasta Shio Aramaki si alguien tira del hilo.

—Mañana necesito que averigües una cosa sobre Segawa, el director del departamento de informática. ¿Con quién habla fuera de IT? ¿A quién le debe favores? Todo lo que nos pueda dar una palanca sobre él —ordeno.

Hisako asiente sin preguntar por qué.

Llegamos a Roppongi. Subo al piso treinta y ocho. Me quito los zapatos y me siento en el sofá sin encender las luces. Tokio brilla al otro lado del cristal, millones de ventanas iluminadas, millones de personas viviendo vidas donde tu sexualidad no tiene ninguna consecuencia.

La jaula no está hecha de barrotes. Está hecha de expectativas. De un padre que no pregunta porque es mejor no saberlo. De un mundo en el que ser quien soy es una grieta que alguien podría explotar.

Abro el Yamazaki y me sirvo un par de dedos y pienso en Wataru Hayami, que parece un buen hombre y que no merece una esposa que cierre los ojos y piense en una mujer mientras le hace el amor.

Y pienso en Igarashi, que es capaz de oler la sangre a kilómetros y que ahora tiene dos hilos de los que tirar: mi sexualidad y unas búsquedas anómalas que le llevarán hasta una nueva empleada con muchos años desaparecidos en su biografía.

CAPÍTULO 9

SHIO

Azusa Onuki me pide que trabaje en su despacho y no tengo más remedio que decirle que sí, porque no puedes negarte a nada que te pida la hija del jefe del clan.

Trato de parecer sorprendida, pero en realidad, llevo seis semanas esperando esto.

—A partir de hoy vas a llevar la auditoría interna de Hagure Dining —me informa de pie junto a su escritorio, con un café en la mano que no ha tocado—. Necesito que revises las cuentas de los últimos dieciocho meses. Proveedores, facturas, flujo de caja. Todo el grupo de restauración.

—¿Todo el grupo? ¿Acceso total? —pregunto confusa.

—Acceso total —repite, clavándome la mirada—. Trabajarás aquí, en el despacho contiguo al mío. Necesito tener acceso directo a tus informes.

—Entendido.

Su despacho está en la planta 32. Nunca había subido de la sexta. Esta planta es muy diferente: suelos de madera, muebles de roble oscuro, cuadros en las paredes. La ventana da al norte, sin sol directo, con una vista de tejados que se extienden hacia Shibuya.

Mi zona de trabajo es una habitación pequeña con un escritorio, una silla, un portátil nuevo y una puerta que comunica directamente con el despacho de Azusa. La puerta está abierta, desde mi silla puedo ver su mesa, su silla vacía, la taza de café que sigue sin tocar.

Es una trampa.

No lo sé con certeza, pero me lo imagino. Azusa Onuki no hace nada sin una razón. Si me sube a la planta 32 es porque quiere tenerme cerca. Y la gente que quiere tenerte cerca o confía mucho en ti o te está vigilando. Seguramente lo segundo.

En el nivel 2 de seguridad que me dio la semana pasada, las carpetas se multiplican: los ocho restaurantes del grupo Onuki, cada uno con su estructura de proveedores, sus flujos de caja, sus transferencias intercompany. Ya había encontrado a las dos consultoras, los proveedores fantasma con las iniciales de Igarashi en las notas a pie de página. Pero desde este nivel de seguridad, con la visión completa del grupo, el patrón cambia de forma.

Hay un tercer proveedor que no aparecía en las cuentas de Hagure: una sociedad con domicilio en Singapur y una estructura de pagos que conecta tres restaurantes del grupo con una misma cuenta offshore. No es solo Hagure. Igarashi está usando toda la rama de restauración como lavadora. Hagure es el centro, pero las tuberías pasan por todas partes.

El blanqueo tiene más capas de las que pensaba. Y ahora que puedo ver el sistema completo, el dibujo se muestra más claro y más grande de lo que imaginaba desde la sexta planta.

Trabajo durante tres horas sin levantar la cabeza. Memorizo los números clave sin copiar nada. Cada archivo que abro queda registrado en los logs y lo sé, pero ya no puedo permitirme ir despacio. Si Azusa me ha subido a la planta 32 y me ha puesto en el despacho de al lado es porque ha decidido algo.

A la una, Azusa aparece en la puerta que conecta los dos despachos.

—¿Has comido? —pregunta.

—No —respondo, bajando la voz hasta convertirla nada más que en un suspiro.

—Yo tampoco. Matsubara me ha dejado bentō. Hay suficiente para las dos si te apetece —propone.

Me deja sin palabras, pero acepto.

Su despacho tiene una mesa baja junto a la ventana, de las que se usan para reuniones informales. Azusa coloca dos bentō de madera lacada sobre la superficie. El contenido es de Hagure: arroz con sésamo negro, salmón marinado en miso, encurtidos de rábano, una ensalada de algas que huele de maravilla.

Azusa come despacio, con los palillos en la mano izquierda. No sabía que era zurda.

—¿Qué has encontrado? —pregunta sin mirarme, concentrada en un trozo de salmón.

—¿Puedo ser totalmente sincera? —pregunto casi temblando.

Sé que me la estoy jugando. Literalmente. Si es una trampa y conoce la estructura de empresas fantasma, mi vida no vale nada.

Ella me clava la mirada y asiente despacio.

—Desde Hagure ya tenía localizadas a dos empresas fantasma, pero ahora he encontrado otra más en Singapur. La estructura es mucho más grande de lo que parecía desde el nivel 1 de seguridad —admito con un suspiro.

—¿Cuánto más grande? —insiste y sigo sin saber si es una trampa porque mantiene una expresión totalmente neutra.

—No se trata de un proveedor fantasma aislado. Es una red. Alguien usa toda la rama de restauración como canal de salida. Los importes están calibrados para no disparar ninguna alerta, pero el volumen total es significativo —le informo.

Azusa deja los palillos sobre el bentō. Me mira y por un instante, estoy convencida de que voy a morir.

—¿Estás diciendo que alguien usa mis restaurantes para mover dinero?

Dudo un instante. Sospecho que ella lo sabe. No sé si no ha hecho nada todavía porque está involucrada o porque hacerlo es peligroso. Porque en el mundo en el que se mueve, hay una diferencia muy grande entre saber las cosas y decirlas en voz alta.

—Estoy diciendo que hay un patrón que quizá merezca la pena investigar —respondo con precaución.

—Bien. —Coge los palillos y vuelve al salmón—. Investiga. Quiero un informe preliminar para el viernes.

Eso es todo. No hay sorpresa ni indignación. No hay ni rastro de la reacción que debería tener una directora que descubre que alguien está utilizando su negocio para desviar dinero. O ya lo sabe y quiere ver hasta dónde soy capaz de llegar.

O quiere que yo lo descubra para señalarlo sin mancharse las manos y eso acaba con mi apetito.

A las cuatro, le llevo el primer borrador de la estructura de proveedores. Me quedo de pie a su lado, señalando los números en la pantalla de su portátil.

Ella se inclina para mirar al mismo tiempo que yo y sus dedos rozan el dorso de mi mano. Es un contacto mínimo, la punta de sus dedos en mis nudillos. Su piel contra mi piel. Suave. No debería dejarme sin respiración.

Retiro la mano. Rápido, demasiado rápido y el gesto delata justo lo que no quiero que se vea.

Azusa no me mira ni hace ningún comentario. Sigue hablando del proveedor de Singapur como si nada hubiera pasado, porque en el fondo no ha pasado nada. Ha sido un roce casual. Dos manos que se cruzan sobre un portátil en un despacho. Pasa cien veces al día en cien mil oficinas del mundo.

Y mis rodillas siguen temblando.

—Puedes irte —dice de pronto, rompiendo la magia.

Salgo del despacho casi corriendo, bajo en el ascensor, cruzo el vestíbulo y salgo a la calle. Camino hasta la estación de Roppongi. Bajo las escaleras del metro. Espero en el andén. Me siento en el primer tren.

Y entonces acaricio de manera instintiva la zona en la que sus dedos rozaron mi piel.

El tren traquetea hacia Shimokitazawa. La gente a mi alrededor mira el móvil, duerme, lee manga. Nadie mira a nadie. Nadie sabe que mientras rozo con la punta de los dedos el dorso de la mano, estoy pensando en la heredera del clan más poderoso de Tokio desnuda en mi cama.

CAPÍTULO 10

AZUSA

El cóctel en Sōen es idea de mi padre, así que no es negociable, nada de lo que él propone lo es, porque en realidad no son propuestas, son órdenes.

Sōen ocupa el piso cuarenta del edificio Onuki, encima de las oficinas y debajo del cielo. Un moderno bar de cristal y acero con vistas a todo Tokio. Está diseñado para impresionar a la gente que necesita ser impresionada. Los ventanales van del suelo al techo. El mobiliario es negro. Incluso la iluminación está calibrada para que todo el mundo parezca más atractivo de lo que en realidad es.

Han sido invitadas sesenta personas. Clientes inmobiliarios, inversores, los abogados del grupo, y media docena de miembros del clan vestidos con trajes que les sientan muy mal. Música jazz a volumen bajo. Camareros con bandejas de champán que se deslizan entre los grupos con la precisión de bailarines de ballet.

He traído conmigo a Shio Aramaki. Me ha parecido útil que conozca a los proveedores clave de la rama de restauración. Al menos eso es lo que me he dicho a mí misma y lo que le he dicho a ella. Eso es lo que repetiré a cualquiera que pregunte.

Se ha puesto un vestido negro, no el traje gris de siempre. Un vestido que le llega a la rodilla, sin adornos, con un cuello que deja al descubierto unas clavículas que llaman demasiado mi atención, aunque intente disimularlo. Hoy se ha dejado el pelo suelto y huele a una colonia diferente a la que suele utilizar.

Durante las conversaciones, habla de proyecciones sin dificultad, sonríe en los momentos correctos. Hace las preguntas adecuadas que le hacen parecer inteligente sin ser una cotilla.

Desaparece cuando debe hacerlo.

Es profesional. Impecable.

Estoy en el otro extremo del salón, hablando con un inversor de Nagoya cuando Nishida se acerca a ella. Le dice algo, ella escucha, pero desde aquí puedo observar el cambio en su postura. Sus hombros se tensan y aprieta la copa de champán con más fuerza de la necesaria.

Me disculpo con el inversor de Nagoya y camino hacia la barra, recordándome a mí misma que debo mantener la compostura y no hacer nada estúpido como correr o cruzar la sala en diagonal.

Nishida habla en voz baja, pero llevo muchos años leyendo a la gente y sé perfectamente que, a veces, lo que parece una conversación no es en realidad una conversación. Está a unos cuarenta centímetros de ella. Demasiado cerca para ser cortés, pero demasiado lejos para ser un avance. Es la distancia exacta de la intimidación profesional: invade tu espacio sin tocarte, te obliga a retroceder o a quedarte quieta sabiendo que te están acorralando.

Aramaki no retrocede.

—...y la directora es muy exigente con las credenciales de su equipo. Espero que las tuyas aguanten un examen detallado —escucho al llegar.

—Mis credenciales están verificadas por recursos humanos, Nishida-san —responde Shio.

—Ya. Recursos humanos —repite, chasqueando la lengua—. Pero hay cosas que recursos humanos no revisa, ¿verdad?

—¿Como qué?

—Como de dónde viene realmente una persona. A quién le debe favores… o para quién trabaja de verdad.

Lo dice clavándole la mirada, sin ningún tipo de ambigüedad. No es una charla de cóctel. Es una amenaza, igual que la que me dedicó Igarashi en la cena con Wataru. En realidad, le está diciendo algo así como "te estamos vigilando, así que ándate con ojo si quieres seguir con vida". Y lo peor es que lo está haciendo en público, a la vista de todos, sintiéndose impune.

Al llegar junto a ellos, me coloco al lado de Shio, pero no la miro, miro a Nishida.

—Nishida-san. ¿Todo bien?

Nishida endereza los hombros y el irezumi de la carpa koi desaparece bajo el puño de la camisa.

—Perfectamente, directora. Solo conversábamos —disimula.

—Qué amable. Aramaki, los del grupo Yamamoto quieren preguntarte algo sobre la proyección del tercer trimestre. Están junto a la ventana.

—Ahora voy —responde sorprendida. Se nota que está muy tensa.

—Ahora —repito.

Se aleja de nosotros y Nishida me mira. Decido darle dos segundos de contacto visual. Dos. Ni uno más.

—Nishida-san. La próxima vez que quieras hablar con alguien de mi equipo, me lo dices antes. En mi departamento la gente trabaja tranquila o no trabaja. ¿Lo has entendido? —pregunto, aceptando la copa que me sirve el camarero.

Hace una reverencia y se va hacia la esquina donde Igarashi le espera de pie con un whisky en la mano, observando la sala como si fuese el dueño de todo el edificio. Nishida le dice algo al oído. Igarashi me mira. No aparta la mirada ni sonríe. No necesita hacerlo. Levanta el whisky un centímetro en mi dirección, un brindis mínimo que podría significar respeto o podría significar "te acabo de pillar."

Imagino lo que puede estar pensando. La analista nueva que tiene búsquedas anómalas en el sistema + la directora que la

protege públicamente delante de su hombre de confianza. Uno más uno. No necesita ser ingeniero espacial. Necesita ser Igarashi, y eso es bastante peor.

***

Diez minutos más tarde, encuentro a Shio en una esquina. Está de pie junto a la ventana, con la copa de champán intacta, observando Tokio desde el piso cuarenta. Desde aquí la ciudad parece un circuito impreso: luces dispuestas en cuadrículas que se extienden hasta el horizonte. Su reflejo en el cristal es una silueta oscura, recortada contra un millón de ventanas encendidas. El vestido negro se confunde con la noche de fuera y su piel hace un contraste delicioso.

—¿Estás bien? —pregunto, colocándome a su lado.

Se gira y me mira. Controla la expresión, pero puedo ver la rabia que intenta ocultar.

—Estoy bien. Gracias por intervenir.

—No lo he hecho por ti.

—Mentirosa —susurra, y su escote se tiñe ligeramente de un color carmesí que consigue que mis piernas tiemblen.

Lo dice bajito. Casi sonriendo. Con una seguridad que no debería tener ninguna empleada al dirigirse a mí. Y lo peor es que tiene razón. Lo hice por ella. No por mí, o el departamento o la cadena de mando. He cruzado la sala para defender a una mujer que me importa más de lo que debería.

Por supuesto, mantengo la compostura y trato de disimular. Eso lo hago muy bien.

—Nishida es el perro guardián de Igarashi. Si te ha hablado es porque Igarashi le ha dicho que lo haga. Ten cuidado con lo que buscas en el sistema. Cualquier anomalía va directa al wakagashira.

Le estoy dando una información que no debería conocer. Le estoy diciendo que el sistema está vigilado. Le estoy advirtiendo. Si es una espía, acabo de darle una ventaja operativa enorme. Si no es

una espía, acabo de asustar a una empleada que no entiende por qué el segundo del clan está interesado en sus búsquedas.

—¿Por qué me dices esto? —pregunta confusa.

—Porque prefiero que tengas cuidado a que cometas un error que me salpique.

Otra mentira, y llevo dos en apenas treinta segundos.

—Entendido —dice, clavándome la mirada—. La próxima vez que alguien de Igarashi se acerque, puedo defenderme sola.

—No lo dudo.

—Pero gracias de todos modos —agrega.

Se aleja de mí y se mete en el ascensor. Las puertas se cierran y me quedo en la esquina, sola, con la copa vacía y la vista panorámica de Tokio, preguntándome a mí misma por qué le acabo de dar una información tan importante a una de mis empleadas.

***

El cóctel termina a medianoche. En el aparcamiento, Hisako espera en el Lexus.

—¿Cómo ha ido? —pregunta.

—Igarashi ha enviado a Nishida a interrogar a Shio Aramaki.

—¿Delante de la gente?

—Delante de sesenta personas —asiento.

—Cada vez se vuelve más audaz —gruñe.

—Lo sé.

Hisako arranca. Salimos del garaje.

—¿Y tú qué has hecho? —pregunta, mirando la carretera.

—He intervenido.

—¿Públicamente?

—Sí.

Hisako no dice nada durante un semáforo entero. En su vocabulario, un semáforo de silencio es todo un sermón. El

limpiaparabrisas se mueve. Ha empezado a llover.

—Azusa —dice al fin—. Igarashi ya sabe que las búsquedas vienen del ordenador de esa chica. Si ahora te ve protegiéndola delante de su gente, va a sumar dos y dos. Y a Igarashi se le dan muy bien las sumas.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

Miro por la ventanilla. Roppongi brilla. El edificio donde vivo aparece al fondo, treinta y ocho plantas de cristal y hormigón.

—Porque estaba ahí y no pude evitarlo —admito con un suspiro.

Hisako asiente. No discute. Me conoce desde niña. Sé que puedo confiarle mi vida si fuese necesario.

Porque estaba ahí y no pude evitarlo.

Eso, en mi mundo, es lo más peligroso que puede decir una mujer sobre otra mujer.

CAPÍTULO 11

SHIO

Los números demuestran que Igarashi está subiendo las tarifas de extorsión en Shinjuku sin contar con el jefe del clan.

Lo que me estoy encontrando en el nivel 2 de seguridad es peor de lo que me imaginaba. Las facturas de las empresas fantasma han crecido un cuarenta por ciento en los últimos seis meses. Los importes ya no son discretos. 800.000 yenes. 1.200.000. Hay uno de dos millones que destaca como un hueso roto en una radiografía. Y los pagos a Singapur se han triplicado, lo que sugiere que alguien necesita mover más dinero fuera del país, cada vez más rápido.

Igarashi está escalando. Y lo está haciendo sin autorización, porque los documentos internos que he visto llevan sus iniciales pero no la firma de Kōzō Onuki. Lo que significa que el kumichō no sabe nada, o si lo sabe, finge no saber. Quizá si lo sabe y ha decidido que mientras el dinero fluya no necesita una guerra abierta dentro del clan.

En cualquiera de los tres casos, es un problema para Igarashi. Un wakagashira que opera sin autorización es un wakagashira que puede ser destituido si alguien presenta las pruebas adecuadas a la persona adecuada. Y destituido en este caso es un eufemismo.

Todavía no tengo esas pruebas, pero cada vez estoy más cerca.

***

El viernes por la tarde encuentro algo que no estaba buscando.

Es un documento interno, está archivado en una subcarpeta de Hagure Dining que se llama "Operaciones 2023 / Varios." Un memorándum sobre una transacción inmobiliaria entre Onuki Holdings y una empresa llamada Mishio Real Estate con dirección en Yokohama. Firmado por Azusa Onuki.

Mishio.

Es el nombre que aparece en todos los informes sobre la guerra entre clanes. Es el clan rival. El enemigo.

Leo el documento con detenimiento. Una compraventa de un terreno industrial en la zona portuaria de Yokohama. El precio es de 340 millones de yenes. La empresa compradora es una filial de Mishio-gumi registrada como sociedad inmobiliaria. Onuki Holdings vende. Mishio compra. La transacción parece legítima, pero es una transacción entre dos clanes que están en guerra abierta, y eso no es normal.

Mi primera reacción es copiar esto, envíarlo a alguien, hacer algo. Luego me lo pienso mejor. Si Azusa Onuki ha firmado una transacción con los Mishio, hay dos opciones. O está traicionando a su propio clan, o el documento es una trampa. Y si es una trampa, está diseñada para ver quién lo encuentra y qué hace con él.

Así que decido no hacer nada. Cierro el documento y vuelvo a las facturas.

Si es una trampa de Azusa, acabo de pasar la prueba.

Si no lo es, acabo de dejar pasar una oportunidad única.

***

A las seis de la tarde salgo de Onuki Holdings, pero esta vez no voy a Shimokitazawa, voy a Shinjuku.

Ni siquiera sé por qué voy, en el fondo, no tengo nada que hacer allí. Ya he visitado los antiguos tres locales de mi padre, ya he confirmado que uno es una tienda de ropa, otro una farmacia y el tercero un restaurante de pollo frito. Ya he llorado lo que tenía que llorar frente a cada uno de los locales y más tarde en mi apartamento.

Pero hoy necesito caminar por donde él caminaba. Necesito pisar el mismo asfalto, oler las mismas freidoras, escuchar el mismo ruido del tráfico de Kabukicho. Es una necesidad que no responde a la lógica. En Londres, cuando el vacío me dolía demasiado, cocinaba ramen en mi piso compartido de Hackney con ingredientes de un supermercado asiático que había a menos de cien metros. Aquí puedo olerlo de verdad. Y olerlo de verdad es mucho peor, porque los recuerdos son más fuertes.

Camino por la calle principal. Paso el cruce de Yasukuni-dōri, bajo las luces del Toho Cinema y giro hacia el callejón donde estaba el segundo restaurante. La farmacia está cerrada pero el letrero de neón sigue encendido, brilla en verde contra el cristal oscuro.

Me detengo delante y cierro los ojos.

Y los abro casi de inmediato porque algo ha cambiado detrás de mí.

Hay dos hombres al otro lado de la calle, caminando en la misma dirección que yo. Ambos con corte de pelo militar, trajes baratos, uno de ellos con la mano derecha en el bolsillo de una forma que no me da ninguna tranquilidad. Están a unos treinta metros. No me miran directamente, fingen mirar escaparates que no tienen nada interesante.

Los vi al salir del metro de Shinjuku-sanchōme. Estaban en el andén. Pensé que salían de alguna oficina de la zona y ahora están aquí, tres calles más allá, manteniendo la misma distancia.

Se me acelera el corazón. Quizá son de Igarashi. Azusa me advirtió en el pasillo de Sōen. Nishida me interrogó en el cóctel. Si han identificado mi usuario en los logs y se lo han dado a Igarashi, es cuestión de tiempo que alguien venga a hacer preguntas. Preguntas de las que no se hacen en los despachos, de esas que no suelen acabar bien.

Cambio de acera de inmediato, acelero el paso y giro a la derecha por un callejón lateral. Kabukicho es un auténtico laberinto si sabes usarlo: callejones de dos metros de ancho, escaleras que suben a bares del segundo piso, pasajes entre edificios que

conectan calles que el mapa de Google ni siquiera muestra. Mi padre me traía aquí de niña, cuando todavía vivíamos en Shinjuku, y recuerdo las reglas: no corras, no mires atrás más de una vez, en cuanto puedas, mézclate con la multitud.

Así que no corro, porque correr atrae las miradas. Camino rápido, eso sí. Muy rápido, como si tuviese mucha prisa por llegar a algún lugar. Giro a la izquierda, paso entre un izakaya con cortina de noren y una puerta metálica sin letrero, salgo a otra calle. Miro atrás. Ya no los veo, pero eso no significa que no estén.

Giro de nuevo. Un salón de pachinko. El ruido de las bolas de metal golpeándose dentro de las máquinas es ensordecedor, un chaparrón metálico que se come cualquier otro sonido. Entro y me encuentro con filas de máquinas con luces intermitentes, hombres con la mirada fija en las pantallas, el aire tan denso que se puede masticar. Una mujer con delantal me ofrece una bandeja de bebidas. Niego con la cabeza. Me meto entre dos filas de máquinas y me quedo de pie, con la espalda contra una columna, contando hasta sesenta.

Salgo por la puerta trasera a otro callejón. Miro en ambas direcciones. No hay nadie. Camino hasta la avenida principal y me mezclo con la multitud de un viernes por la noche en Kabukicho. Hay oficinistas borrachos, grupos de turistas con mochilas sacando fotos con sus teléfonos, chicas jóvenes con faldas muy cortas y tacones imposibles que se ríen demasiado fuerte.

Los he perdido. Creo. Espero. No estoy segura.

Cuando llego a la estación de Shinjuku son ya las diez y cuarto. Miro el panel de salidas y el último tren a Shimokitazawa sale a las once cuarenta y tres. Puedo cogerlo. Puedo ir a casa, montar el muro, comer ramen instantáneo, fingir que esta noche ha sido normal.

Pero cuando la adrenalina baja, las piernas ya no me responden. Me tiemblan las rodillas. Me apoyo contra una columna del andén y me doy cuenta de que estoy sudando a pesar de que la

temperatura en la estación es de dieciocho grados. Tengo la boca seca y el corazón latiendo demasiado rápido.

No me lo puedo creer. Me han seguido. Esto no es ninguna película. Ha sido gente real, de carne y hueso, con manos en los bolsillos y corte de pelo militar. Cuando decidí venir a Tokio ya sabía que era peligroso, pero una cosa es saberlo y otra muy diferente sentirlo.

Decido no coger el último tren. No quiero llevar a nadie hasta mi apartamento. Prefiero pagar mil doscientos yenes por un cubículo de dos metros cuadrados con un sillón reclinable, una manta fina y un ordenador que no pienso usar. La recepcionista me da una llave de plástico y señala el pasillo sin mirarme. Aquí nadie mira a nadie. No hacen preguntas. Eso es lo bueno de lugares como este.

A mi alrededor, los sonidos de veinte personas durmiendo en cubículos idénticos al mío. Ronquidos. El teclado de alguien que sigue despierto. El zumbido del aire acondicionado. Los pasos de alguien que pasa por el pasillo.

Debería estar pensando en los dos hombres que me siguieron. Debería estar calculando riesgos, planificando qué hacer.

Estoy muerta de miedo y aun así, pienso en Azusa. En cómo mueve las manos cuando habla de números, con los dedos trazando líneas invisibles en el aire. Es como si los datos tuvieran una forma física que solo ella puede ver. Pienso en cómo se le cae el mechón sobre el ojo izquierdo cuando se inclina sobre un documento y no se lo aparta porque sus manos están siempre ocupadas. O quizá es porque sabe que le queda bien.

Pienso en la microexpresión de su boca cuando dije "mentirosa" en el pasillo de Sōen. Pienso en cuando dijo "ahora" en el momento en que me sacó de delante de Nishida, y en que "ahora" en sus labios no significaba urgencia sino protección.

Estoy en un cubículo de plástico rodeada de hombres roncando, con las rodillas todavía temblando porque hace una hora alguien me seguía por Kabukicho, y lo único que veo cuando cierro los ojos es a Azusa.

CAPÍTULO 12

AZUSA

He pedido a Shio Aramaki que se quede con el pretexto de repasar los números de la offshore. Lo que no le he dicho es que llevo tres días sin dormir más de cuatro horas seguidas pensando en ella, o que Igarashi ha puesto una queja formal ante mi padre sobre mi "intromisión" en las operaciones de Shinjuku. Tampoco le he dicho que esta noche necesito estar a su lado.

Matsubara se va a las once y cuarto. Termina de limpiar, cuelga el delantal, me deja el bentō en la nevera y se despide con una reverencia.

Y llega el momento que estaba esperando. Nos quedamos solas.

Saco el sake de detrás de la barra. El mismo junmai daiginjo de Niigata de la última vez y sirvo dos vasos sin preguntar.

Los números de la offshore ocupan los primeros veinte minutos de la conversación. Transferencias internacionales, estructura de pagos en capas, una cuenta en Singapur que redirige a otra en Hong Kong y luego a una tercera en las Islas Caimán. Aramaki lo ha mapeado todo en una hoja de cálculo que parece el esquema del metro de Tokio.

—Es una operación sofisticada —admite, señalando un nodo del esquema—. Quien lo diseñó sabía lo que hacía. Las cantidades están calibradas justo por debajo de los umbrales de reporte automático en cada jurisdicción.

—¿Puedes rastrearlo hasta el origen?

—Puedo rastrear el flujo de dinero. Para llegar a quién lo autoriza necesitaría documentos de Nivel 3. Ya sabes, cuentas maestras, autorizaciones internas, actas de decisiones.

Nivel 3. Los documentos que solo yo y el CFO podemos ver.

—De momento sigue con lo que tienes —respondo.

Cierra el portátil. Bebe un trago de sake y se queda callada. No sé si espera que hable o si simplemente está cómoda en el silencio.

Yo no estoy cómoda. Estoy cansada y el cansancio afloja cosas que normalmente mantengo cerradas.

—Mi madre murió cuando yo tenía siete años —confieso, y no tengo ni idea de por qué se lo digo.

No es una información relevante. No tiene nada que ver con la offshore ni con el blanqueo ni con nada que justifique decirlo en voz alta a las once y media de la noche en un restaurante vacío.

—Cáncer de páncreas. Pasaron solo cuatro meses entre el diagnóstico y el final. Fue rápido. Mi padre no habla de ella. Nunca ha hablado de ella. En esta familia procesamos las pérdidas en silencio.

—¿Y tú? —me corta.

—¿Yo qué?

—¿Hablas de ello o también lo mantienes en silencio?

—Intenté no recordar durante veinte años y luego abrí Hagure.

—Lo he notado, no es un restaurante —dice, haciendo girar el vaso de sake entre los dedos.

—Creo que tiene doce asientos y una cocina. Eso lo convierte en restaurante —replico.

—Es más bien un monumento a tu madre. O más bien a lo que ella habría querido que fueses.

Nadie me ha dicho eso. Ni Hisako, que me conoce mejor que ninguna otra persona. Ni Matsubara, que lleva cuatro años cocinando en un mausoleo imaginario que construí para una madre muerta. Nadie ha mirado Hagure y ha visto la verdad.

—Mi padre quiere casarme —confieso, porque esta noche parece que las palabras salen sin permiso.

—Lo sé. La cena con Hayami.

—En mi mundo, una mujer que no se casa esconde algo. Y si la encuentran escondiendo algo, se convierte en una debilidad que sus enemigos explotan.

—¿Y tú qué escondes? —pregunta muy bajito.

—Lo que soy cuando no llevo traje.

Sirvo más sake. Mis dedos rozan los suyos al pasar el vaso. No retiro la mano esta vez. Ella tampoco.

—Yo también escondo cosas —reconoce—. Cosas que no puedo decir en voz alta.

Me acerco un poco y retiro un mechón de pelo de su cara. El reverso de mis dedos roza su sien y baja por la mejilla muy despacio mientras ella se inclina hacia mi tacto.

Mi mano baja a su cintura y su espalda toca la barra de acero de la cocina abierta. El metal debe estar frío, pero Shio no se queja. Tiene los labios entreabiertos y la respiración acelerada.

Cuatro centímetros entre nosotras. Dos. Su respiración me llega a los labios y siento el calor de su cuerpo en mi mano a través de la tela del vestido.

Un centímetro.

Siento su aliento en mi boca cuando mi teléfono suena.

Es el tono que tengo asignado a Hisako: tres notas secas que suenan en el silencio de Hagure como disparos.

Nos apartamos al mismo tiempo. Medio metro de distancia instantánea. Mi mano sigue sintiendo su cintura, mi boca sigue sintiendo su respiración.

—Necesito que vengas ahora. Un almacén de Onuki Holdings en la zona portuaria. Incendio. Los Mishio —anuncia en tono cortante.

Cuelgo y le dedico una mirada de disculpa a Shio. Todavía tiene la espalda contra la barra de acero y las manos agarradas al borde. No dice nada, solamente asiente, pero tiene los ojos muy abiertos con una expresión que yo diría que es más vértigo que miedo, porque yo siento lo mismo.

—Tengo que irme —anuncio—. Esto no ha…

—Lo sé, no ha pasado.

Las dos sabemos lo que no ha pasado y también lo que estaba a punto de pasar y que el teléfono es lo único que lo ha impedido, como si fuese una señal divina.

—Cierra cuando salgas, por favor. El código de la puerta es 4719.

Le doy el código de la puerta de mi restaurante, de la única puerta que me importa en esta ciudad. Y lo hago sin pensar. O más bien porque todavía sigo pensando en cómo se sentía su cintura bajo mi mano y mi cerebro no funciona con la claridad habitual.

Al salir, Hisako me espera en el Lexus con el motor encendido. Pregunta si estoy bien y tan solo ordeno que conduzca.

***

El almacén arde. Toda la zona portuaria huele a plástico quemado. Bomberos, policía, dos hombres del clan que me informan con frases cortas. Daños materiales. Sin víctimas. Los Mishio nos han enviado un mensaje. La guerra entre nuestros clanes ha escalado un grado más.

Gestiono, hago llamadas, doy instrucciones. El seguro, los abogados, la versión oficial para la prensa, las instrucciones al clan para que no escalen la represalia sin autorización expresa de mi padre. Todo encaja. Todo fluye. Muchos años de entrenamiento haciendo este trabajo mientras mi cabeza está en otra parte.

Porque sigo pensando en Hagure. Contra la barra de acero. Sigo pensando en ese centímetro de distancia y en su respiración en mi boca.

A las tres de la mañana, en el coche de vuelta, Hisako me informa justo de lo que no quería escuchar.

—Segawa ha identificado al usuario de las búsquedas anómalas. Shio Aramaki. Se lo ha comunicado a Igarashi esta tarde.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Ahora Igarashi tiene su nombre. Va a investigar y va a encontrar la laguna pre-2019, No sabemos nada de ella antes de esa fecha. El problema es que tirará del hilo, no se quedará quieto. Y yo he estado a un centímetro de besarla.

—Hisako, he cometido un grave error esta noche —confieso, mientras el coche cruza Roppongi.

Pero cuando llego a mi casa no duermo. Me siento en el sofá con las luces apagadas, observando a través de la ventana cómo la ciudad de Tokio brilla al otro lado del cristal, y pienso en que hace cuatro horas le he dado a una mujer que podría ser una espía el código de la puerta de mi restaurante.

Y el problema es que si tuviera que elegir entre el código y borrar el centímetro que nos separaba, elegiría borrar el centímetro.

Sin dudarlo.

Y eso dice algo muy importante sobre mí.

CAPÍTULO 13

SHIO

El shinkansen a Kioto tarda dos horas y quince minutos y Azusa no dice ni una sola palabra durante la primera hora, ni siquiera cuando el Monte Fuji aparece por primera vez entre las nubes. Se dedica a leer una novela de fantasía y yo finjo hacer lo mismo con un informe, aunque en realidad, lo que hago es mirarla continuamente por encima de los papeles.

No hemos hablado de lo que pasó en Hagure, de cómo retiró el mechón de pelo de mi cara y acarició mi mejilla. O de su mano en mi cintura y la barra del bar contra mi espalda. Mucho menos del escaso centímetro de distancia entre nuestros labios antes de que sonase ese maldito teléfono.

Han pasado cuatro días y entre nosotras tan solo ha habido saludos cordiales, nada que recuerde a que estuvimos a punto de besarnos en su restaurante.

Cuando la azafata pasa con el carrito, Azusa pide un café solo y yo un té verde. Por algún motivo, me hace gracia que nos lo sirvan en vasos de plástico, últimamente me he acostumbrado a beber con ella sake de Niigata en copas de cerámica.

Cualquiera que la viese en estos momentos pensaría que es solo una empleada de una oficina de alguna gran empresa. Azusa Onuki, directora de Onuki Holdings, hija de un kumichō, del temible dragón, leyendo tranquilamente un libro de fantasía juvenil en el shinkansen.

***

La subasta gourmet se celebra en una casa de té en Higashiyama, a veinte minutos a pie del ryokan. Hay treinta compradores en total, todos del sector de la restauración de lujo, todos pujando por lotes de sake artesanal, cerámica de Bizen y cuchillos de acero Aogami forjados de manera artesanal en Sakai. Azusa ha venido a pujar por un lote de sake de un productor de Niigata que solo vende cien botellas al año, aunque no creo que las quiera para los clientes, sino para su colección particular.

Yo no sé por qué estoy aquí. Teóricamente he venido porque ella me lo ha pedido, ha insistido en que necesitaba a alguien que entienda de números. Es solo una excusa y las dos lo sabemos.

Lo primero que te viene a la mente al entrar es que están quemando demasiado incienso de sándalo. Los compradores se sientan en cojines sobre el suelo y Azusa se mueve entre ellos con naturalidad, al fin y al cabo prácticamente ha crecido en habitaciones como esta. Se descalza sin mirar, se arrodilla sin esfuerzo, saluda con reverencias calibradas al milímetro según el rango de cada interlocutor. Es un idioma que domina a la perfección.

—El precio de esas botellas es desorbitado —susurro, acercándome a ella con discreción.

—Lo sé. Es el precio de la exclusividad. Nadie más en Tokio tendrá este sake. En mi mundo, la diferencia entre lo bueno y lo excepcional es muy importante y siempre justifica un sobreprecio —responde como si se lo estuviese explicando a una niña pequeña.

Se lleva con facilidad el lote y paga sin parpadear. El productor, un hombre de unos setenta años con las manos más curtidas que he visto en toda mi vida, le hace una reverencia tan profunda que casi toca el tatami con la frente.

—¿Tú cocinas? —pregunta de vuelta al ryokan, mientras caminamos por una calle estrecha de Higashiyama donde los farolillos de papel proyectan círculos de luz sobre la piedra.

—¿Por qué lo dices?

—Llevo un tiempo notando que siempre hueles la comida o la bebida antes de probarla. Lo hiciste con el sake la primera noche en Hagure. Lo haces con el té cada mañana en la oficina. Suele ser un reflejo de alguien que ha trabajado con comida de manera habitual.

—Mi padre tenía restaurantes —confieso, y lo extraño es que no me arrepiento—. Ramen, en Shinjuku.

***

Nos quedamos en un ryokan tradicional, con el suelo de tatami, futones en el armario y un jardín interior con bambú y piedra que se puede ver desde las habitaciones. Las nuestras son contiguas, separadas solamente por un fusuma de papel tan fino que puedo escuchar su respiración al otro lado.

A las nueve de la noche, después de cenar kaiseki, me tumbo en el futón mirando el jardín. Una rana canta en algún lugar. En Kioto, el silencio es real, algo que en Tokio no existe.

A las diez de la noche la escucho hablar por teléfono en voz baja. Estas paredes no fueron diseñadas para la privacidad y la mayor parte de las palabras llega con claridad.

—Dile a Hisako que contenga la situación. Sin represalias hasta que yo vuelva. ¿Entendido? Nada de movimientos sin mi autorización expresa. Nada —repite.

Luego silencio. Escucha lo que le dicen con paciencia.

—Me da igual lo que quiera Igarashi. Si mueve una pieza sin mi visto bueno, responderá ante mi padre, no ante mí. Que le quede muy claro.

Más silencio, escucha de nuevo.

—No se mueve nada hasta que yo esté en Tokio. Y necesito el informe de Segawa sobre mi escritorio cuando llegue.

Cuelga y el tatami cruje cuando se levanta. Escucho sus pasos hacia la ventana. Imagino que mira el jardín, igual que yo desde mi habitación. Las mismas piedras y el mismo bambú. La misma rana.

Esto es lo que Azusa Onuki hace cuando no sonríe para los inversores ni discute precios de comida o bebida exclusiva para su restaurante. Es una mujer que da órdenes a medianoche y habla de represalias. Una mujer que pertenece a un mundo que odio, un mundo en el que las decisiones tienen consecuencias que no se miden en yenes.

Y esa es la mujer a la que estuve a punto de besar.

Esa. Con su voz de mando y sus represalias. La hija del temible Dragón, la cabeza de un clan criminal, el mismo que destruyó a mi familia.

Me doy la vuelta en el futón porque prefiero no pensar en ello, cojo el teléfono para distraerme y se me hiela la sangre al ver el correo electrónico.

Es un aviso automático del servidor de Onuki Holdings. Alguien ha accedido al registro de mis búsquedas archivadas y también ha revisado mis correos. No dice quién. Solo que el acceso se realizó ayer a las cuatro de la tarde, fuera del horario habitual del departamento de informática.

Alguien está revisando lo que yo hago, rastreando mis huellas. El aviso no identifica quién, pero solamente hay un número limitado de personas en Onuki Holdings con acceso a los logs de actividad de otro usuario: Segawa en IT, Azusa, el controller. Y ahora, si la cadena de mando funciona como yo creo que funciona, el wakagashira.

Igarashi. El hombre por el que mi padre está muerto.

Cierro el correo y apago la pantalla. Me quedo en la oscuridad con el sonido de la rana y el crujir del tatami al otro lado mientras Azusa camina por su habitación. Me viene a la mente su advertencia: "Ten cuidado con lo que buscas en el sistema. Cualquier anomalía va directa al wakagashira". Me lo dijo bien claro. Me avisó. Y aun así, yo seguí buscando.

El problema es que sé perfectamente lo que quiero. Por primera vez en mi vida lo sé sin ninguna duda. Lo supe en su

restaurante, cuando su mano bajó a mi cintura y no solo no me aparté, sino que se me aceleró el corazón. O cuando sentí su aliento en los labios y todo mi cuerpo dijo sí antes de que mi cerebro pudiera reaccionar.

Quiero cruzar el fusuma, abrir ese panel de papel, entrar en su habitación y terminar lo que empezamos.

Y es lo único que no debería hacer, porque al otro lado hay una mujer que da órdenes y habla sobre represalias. Y en mi teléfono hay un aviso que dice que alguien me sigue los pasos. Y si cruzo ese fusuma, si toco a esa mujer y termino lo que empezamos, no habrá vuelta atrás. Ni para ella ni para mí. Tampoco para la venganza que llevo diez años cocinando a fuego lento.

Oigo el tatami crujir. Azusa se mueve al otro lado, se tumba en silencio.

La rana canta.

No cruzo el fusuma hasta que la escucho pronunciar mi nombre muy bajito entre suspiros.

Y cruzo.

CAPÍTULO 14

AZUSA

Ve el dragón cuando se lo enseño.

No es un accidente. No es que me deje el kimono abierto o me gire sin pensar con la espalda desnuda y lo vea por casualidad. Sé exactamente lo que hago. No pensé que fuese a venir a mi habitación a medianoche, pero aquí estamos, bebiendo una botella de sake local entre las dos y con la ventana abierta al jardín donde una rana lleva horas cantando como si alguien le hubiese pagado por dar un concierto.

Ha venido con el pelo suelto, un poco mojado tras darse una ducha. No huele a su perfume habitual, huele a piel limpia y eso es mucho peor. Infinitamente peor que cualquier perfume.

—¿Puedo preguntarte algo personal? —dice de pronto.

—Depende de lo personal que sea —respondo con evasivas.

—En Hagure, la otra noche, dijiste que escondes lo que eres cuando no llevas traje —dice, bajando la voz, haciendo girar el vaso entre los dedos—. ¿Qué eres cuando no llevas traje?

—Soy alguien a quien le hicieron un tatuaje a los dieciocho y no volvió para terminarlo.

Frunce el ceño sin comprender lo que le digo, así que le doy la espalda y bajo el kimono poco a poco, hasta la mitad de la espalda, sujetando la tela con los brazos cruzados sobre el pecho.

El dragón queda expuesto y se me eriza la piel, no por el frío, sino porque sé que me está mirando. Llevo años escondiendo ese

tatuaje de todo el mundo. Ni siquiera las mujeres con las que tengo sexo ocasional en Osaka lo veían: me desnudaba de frente, nunca de espaldas. Tsujimoto, el tatuador, lleva años esperando que vuelva a terminar lo que empezó. Nunca he vuelto.

Y ahora se lo enseño a ella. A una empleada que lleva tan solo dos meses en mi empresa y que por lo que sé hasta ahora, podría ser una espía. Una mujer cuyo padre cocinaba ramen y está muerto. Y es que hay algo en esta mujer que hace que abrir puertas selladas parezca la única opción posible.

—Es un dragón —dice en voz baja.

—Inacabado.

—¿Por qué? —insiste.

—Porque terminarlo habría significado que estaba dentro del todo. Y hay una parte de mí que no quiere estar dentro del todo —confieso con un largo soplido.

—¿Puedo? —pregunta.

Sé lo que pide y la respuesta debería ser no. Esa es la respuesta que daría la directora de Onuki Holdings, la hija del kumichō, la que ha construido muros durante años. No. No toques. No mires. Ni siquiera te acerques a mí.

—Sí —digo en cambio, y mi voz suena demasiado vulnerable.

Roza el dragón con la punta de los dedos. Empieza en el omóplato, donde la cabeza del dragón enrosca una escama sobre la otra. Recorre despacio el contorno, baja por la columna y sigue las escamas con los dedos. El dragón serpentea entre mis vértebras y ella lo roza. Tres dedos. Muy despacio.

Se detiene en el mismo punto en que se acaba el tatuaje. En la parte baja de mi espalda, como una frase que alguien dejó de escribir.

Deja la mano quieta en mi piel desnuda. La palma abierta. Siento su respiración en mi nuca.

Me giro y la beso.

No sabría describirlo sin que suene a algo que no es, porque no es suave ni tierno. No tiene nada de lo que la gente describe en un primer beso; es pura desesperación. Su boca sabe a sake y años de soledad por ambas partes, a una distancia que llevamos semanas queriendo cerrar y que ahora se reduce a cero.

Su mano rodea mi nuca. Yo suelto el kimono que se desliza hasta la cintura dejando mis pechos al descubierto para ella y cuando roza uno de mis pezones, el resto del mundo deja de existir.

—Azusa —jadea contra mi boca.

Rozo su mandíbula con la punta de los dedos antes de bajar por su cuello. Abro su kimono y suspiro al ver los pechos más perfectos que he visto en mi vida, o quizá es que tenía tantas ganas que el simple hecho de verlos me deja temblando.

—Es mejor que me vaya —dice de pronto—. Esto es una auténtica locura.

Se levanta. Se acomoda el kimono y me mira con tristeza. Tiene todavía los labios hinchados y el pelo revuelto.

Cuando se va, me tumbo en el futón y me quedo mirando el techo. Me llevo los dedos a los labios, recordando nuestros besos. Las mujeres con las que he tenido aventuras discretas en Osaka eran alivio. Esto es otra cosa. Esto tiene nombre y apellido, y un padre muerto que cocinaba ramen.

***

A las seis de la mañana me despierto con el sabor del sake todavía en la boca.

Shio ha desayunado antes que yo. La camarera me dice que ha abandonado el hotel. No me ha dejado una nota, tampoco me ha enviado un mensaje. Se ha ido antes de que yo me despertase.

No sé muy bien qué significa eso. Quizá huida, quizá espacio o cortesía o puede que miedo. Es posible que los cuatro a la vez.

Lo que sí sé es lo que tengo que hacer ahora.

Cojo el teléfono, pero no marco el número de Hisako. Este es un número diferente, uno que guardo para situaciones muy especiales. El que uso cuando necesito información limpia, sin filtros del clan, sin intermediarios.

Nakamura Keisuke. Ex-inspector de la policía metropolitana de Tokio. Retirado hace tres años. Me debe dos favores de cuando le ayudé a sacar a su hijo de un lío con un prestamista de Igarashi. Es discreto, muy competente y no tiene conexión con ninguna agencia que Igarashi pueda usar.

—Nakamura-san. Soy Onuki. Necesito una verificación profunda —anuncio en cuanto responde al teléfono.

—¿Nombre?

—Shio Aramaki. Veinticinco años. Residente en Tokio, probablemente en la zona de Shimokitazawa o Setagaya. Supuestamente japonesa, criada en Londres. Quiero su historial completo. Cualquier cosa que confirme o desmienta su identidad. No importa lo que cueste.

—¿Nivel de urgencia?

—Dos semanas máximo. Tendrás una bonificación si lo haces en menos tiempo —le anuncio.

—¿Alguna dirección de investigación que deba evitar?

—No contactes con nadie dentro de Onuki Holdings o de los Mishio. Debe ser totalmente limpio.

—Entendido. Tarifa estándar.

—Tarifa doble si lo tienes antes de diez días —digo antes de despedirme.

He besado a una mujer cuya vida empieza en 2019, una mujer que encontró mis facturas falsas, que tiene búsquedas anómalas en el sistema, y cuyo nombre Igarashi ya tiene sobre su escritorio, lo que la convierte en un peligro extremo.

Y he encargado una investigación sobre ella.

Las dos cosas al mismo tiempo. El beso y la investigación. Deseo con todo mi corazón que salga limpia. Quiero que Nakamura me llame en diez días y me diga que Shio Aramaki es la persona que dice ser, que la laguna pre-2019 tiene una explicación aburrida, que mis instintos sobre ella estaban equivocados y mis instintos sobre el beso estaban en lo cierto.

Pero si no sale limpia, necesito saberlo antes que Igarashi, porque si la descubre, la siguiente puerta que abra será una de la que no podrá salir.

CAPÍTULO 15

SHIO

Me voy del ryokan a las seis de la mañana con los zapatos en la mano y el corazón en la garganta.

Intento no hacer ruido. De niña aprendí que el tatami no cruje si pisas cerca de las paredes. Camino pegada al borde del pasillo, paso la recepción donde el encargado duerme con la cabeza sobre el mostrador, y salgo al jardín interior. A esta hora, el aire de Kioto no es ni frío ni caliente, parece que aún no se ha decidido.

No le dejo una nota ni le envío un mensaje. Prefiero irme, porque si entra en mi habitación cuando se levante, con el kimono abierto y el pelo mojado tras la ducha, las cosas entre nosotras no se van a quedar en simples besos. Y si hacemos el amor, el plan que llevo construyendo ladrillo a ladrillo durante diez años, se convierte en escombros.

Desde la puerta del ryokan llamo a un taxi. El taxista es un hombre de unos sesenta años que no hace preguntas, apenas habla, lo cual es perfecto en estos instantes.

Me subo al Shinkansen de las seis cuarenta y cinco. Asiento 7A, ventanilla. El vagón está medio vacío: principalmente empresarios madrugadores con portátiles, una pareja de jubilados con termos de té y poco más. Nadie me mira, pero a mí me tiemblan las manos.

No un temblor dramático ni visible a simple vista, pero sí es un temblor fino, constante, algo que noto cuando intento abrir la botella de agua que he comprado en el quiosco del andén. Me

cuesta un poco. Lo intento dos veces y a la tercera, la tapa cede y un poco de agua se derrama sobre la mesa plegable.

Lo limpio con la manga de la chaqueta y me quedo mirando la mancha que se va secando mientras el tren se pone en movimiento y Kioto desaparece por la ventanilla.

***

La besé.

Apenas lo puedo creer. Besé a Azusa Onuki. La hija del kumichō del clan que destruyó a mi padre. Besé sus labios en una habitación de ryokan, con sake y su kimono bajado hasta la cintura. Mi cuerpo ganó la batalla, lo deseaba desde hacía semanas.

Ahora mi cerebro no tiene elección.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Tengo claro que no empezó con el beso. El beso fue solo la culminación, nada más. Empezó antes. Mucho antes. Empezó en la planta seis, el primer día, cuando levanté la cabeza del informe y la vi de pie junto al escritorio de Tanaka y lo primero en lo que me fijé no fue su cargo ni su apellido sino su cuello.

Me dije que era nada más que odio, la reacción física era rabia. Que lo que sentía en el estómago cuando esa mujer entraba en la planta era el reflejo de diez años de venganza concentrados en un punto. Rabia que se parecía al deseo, pero que no lo era.

Luego vinieron las manos. El roce sobre el portátil en su despacho. Sus dedos rozando mis nudillos. Dos segundos que me dejaron temblando durante todo el trayecto en metro hasta Shimokitazawa. Me dije que era confusión. Adrenalina. Los nervios de una espía en territorio enemigo, nada más.

Luego el manga-kissa. Tumbada en un cubículo de plástico después de que los hombres de Igarashi me persiguieran por Kabukicho, temblando de miedo, y lo único que veía cuando cerraba los ojos era su cara. Sus manos moviéndose en el aire cuando habla de números. El mechón que se le cae sobre el ojo izquierdo.

Me dije que era tan solo el susto. Que el cerebro busca anclajes cuando tiene miedo y el anclaje más reciente era ella. Nada más.

Luego Hagure. El sake. Su mano retirándome el mechón, bajando por la mejilla, por la cintura. Mi espalda contra la barra de acero. La distancia entre nosotras desapareciendo y todo mi cuerpo diciendo que podía hacer conmigo lo que quisiera hasta que el teléfono de Hisako rompió el momento.

Me dije que era el sake. La noche. La intimidad de un restaurante vacío. Circunstancias, no sentimientos. Nada más.

Pero anoche, en su habitación, cuando acaricié con la punta de los dedos el tatuaje de su espalda, cuando se giró mostrando los pechos y me besó, reconocí en ella el mismo deseo que yo siento, la misma hambre. Anoche no pude decirme nada para engañarme.

Porque anoche entendí claramente lo que era.

***

He tenido algunos novios. Tres, si cuento al chico de Hackney que duró dos semanas. Relaciones que empezaban con curiosidad y terminaban con alivio. Sexo que cumplía una función biológica sin llegar a ningún sitio. Me acostaba con hombres y después me quedaba tumbada en la cama mirando el techo, preguntándome si eso era todo, si el problema era yo, si había algún interruptor en mi cabeza que estaba apagado y que la gente normal tenía encendido, porque no sentía nada.

El último se llamaba James. Era programador. Buena persona. Me regaló un libro de cocina japonesa por mi cumpleaños y me dijo que le gustaba mi forma de oler la comida antes de probarla. Se lo agradecí, pero lo dejamos al día siguiente. Nunca pude explicarle por qué.

El tren pasa por Nagoya y los edificios se multiplican fuera de la ventanilla. El empresario del asiento de al lado se ha dormido con el portátil abierto en una hoja de cálculo con muchos colores.

Pienso en Akane. La compañera de clase que me prestó un libro y me tocó la mano al devolvérmelo. No pasó nada. Pero recuerdo el roce de su mano y la extraña sensación que sentí entre mis piernas.

Pienso en todas las veces que mi cuerpo intentó decirme algo y yo no escuché.

Yo estaba bien. Desde anoche lo tengo muy claro. Solo estaba buscando en la dirección equivocada. Anoche encontré la dirección correcta.

***

El shinkansen llega a Tokio a las nueve y cuarto. La estación es un hormiguero de trajes oscuros y maletas con ruedas. Me bajo del tren, camino por el andén, paso los tornos y salgo a la calle.

Entro en el baño de la estación, me miro en el espejo sobre el lavabo y veo la misma imagen de siempre. Pero detrás de esa cara hay alguien diferente a la mujer que subió al shinkansen ayer rumbo a Kioto.

Detrás de esa cara hay una mujer que desea a otra mujer. Que ha deseado a esta mujer específica desde el momento en que la vio en la planta seis, con su cuello y sus manos. Que lleva semanas llamándolo odio, confusión, adrenalina, circunstancias, porque prefería engañarse a sí misma.

Pero ya no quiero engañarme más. Los besos de ayer por la noche, el deseo que sentí al ver sus pechos desnudos, solo han confirmado lo que mi cuerpo llevaba años susurrando.

Y lo peor de todo es que esto es una auténtica mierda. Porque soy Shio Enomoto. Hija de Noboru. Y he venido a Tokio a vengar a mi padre destruyendo al clan que lo empujó a quitarse la vida. He fabricado una identidad, me he infiltrado en una empresa, he encontrado pruebas que apuntan a Jō Igarashi como el responsable directo.

Y he besado a la hija del kumichō.

Y ahora voy a tener que destruirla.

CAPÍTULO 16

AZUSA

Igarashi mata a dos personas un martes por la noche y yo no me entero hasta el día siguiente, mientras tomo el café.

Hisako me llama a las siete y cuarto.

—Dos operarios del clan Mishio. Almacén de distribución en Shinjuku. Igarashi envió a Nishida con tres hombres. La versión oficial es una disputa territorial por un local de pachinko. La versión real es que Igarashi quiere demostrar que Shinjuku sigue siendo suyo —informa casi como si estuviese dando las noticias.

—¿Mi padre lo autorizó? —pregunto confusa.

—No. Igarashi actuó por su cuenta. Pero tu padre no va a desautorizarlo públicamente. No ahora que los Mishio están escalando en sus operaciones.

Cierro los ojos y respiro hondo. Dos muertos. Dos personas que ayer tenían nombre y planes para el próximo fin de semana y seguramente una familia. Ahora pasan a ser un problema logístico. En mi mundo, los muertos se gestionan: se mueve dinero, se limpian conexiones financieras, se preparan versiones para la policía.

—¿Necesitas que haga algo? —pregunto.

—Necesito que muevas tres transferencias de la cuenta de operaciones de Shinjuku a la de contingencia. Hay que desvincular a Igarashi del almacén antes de que alguien mire las escrituras.

—Dame una hora.

Cuelgo. Me visto y bajo al coche. Tokio sigue funcionando ajeno a lo que ocurre fuera de las noticias de cada día. Los semáforos cambian de color, la gente cruza las calles, los trenes llegan a sus horas. Nadie se ha enterado. Nadie se va a enterar. Son dos realidades paralelas pero muy diferentes.

Paso las siguientes dos horas en mi despacho con el portátil y tres teléfonos. Llamo al abogado del grupo, a nuestro contacto en la policía del distrito de Shinjuku. Llamo a la aseguradora del almacén con la versión de un cortocircuito eléctrico que causó un gran incendio. Nadie va a verificar porque nadie quiere verificar nada que tenga la firma del clan Onuki.

Es mi trabajo y se me da bien. Muevo piezas. Limpio rastros. Hago que las cosas que no deberían haber pasado dejen de existir en los registros. Soy eficiente y rápida. Soy la hija que mi padre necesita.

Y me da asco.

Pero el asco es un lujo que no me puedo permitir.

***

A las diez, Shio entra en mi despacho con el informe semanal de Hagure Dining y se detiene en la puerta. Es consciente de que algo ha cambiado. Llevo una semana evitándola desde lo que ocurrió en Kioto, limitando el contacto entre nosotras a correos y reuniones con Tanaka presente, manteniendo una distancia profesional que las dos sabemos que es ficción.

—¿Mal momento? —pregunta desde la puerta.

—No. Pasa.

Se sienta. Deja el informe en mi escritorio. Lo abro. Números. Gráficos. El trabajo impecable de siempre.

—Necesito que reclasifiques tres transferencias de la cuenta de operaciones de Shinjuku —digo sin mirarla—. A la cuenta de contingencia general. Con fecha retroactiva de hace dos semanas. Concepto: mantenimiento de inmuebles.

Se queda callada. Sé lo que está pensando. Le estoy pidiendo que falsifique una fecha y un concepto en una transferencia que está vinculada a algo que ha pasado esta noche. Le estoy enseñando la parte de mi trabajo que huele a otra cosa. A consecuencias.

—¿Importe?

—Cuarenta y siete millones de yenes.

—¿En tres transferencias separadas?

—Quince, quince y diecisiete. Distintas cuentas de origen. Mismo destino.

Asiente. Coge el informe. Se levanta y se detiene en la puerta.

—Onuki-san.

—¿Sí?

—¿Ha pasado algo?

La miro. Me está dando la oportunidad de decir la verdad. De contarle que anoche murieron dos personas porque mi wakagashira es un animal que marca su territorio con sangre. De decirle que el dinero que le estoy pidiendo que mueva es el precio por tapar dos cadáveres.

—Reestructuración de activos, nada más —disimulo—. Rutina.

—Entendido.

Sale y cierra la puerta con cuidado. Me apoyo en el respaldo de la silla y cierro los ojos. Cuento hasta treinta. Cuando llego a treinta, abro los ojos y sigo trabajando.

Shio ha visto mi cara. Ha visto la frialdad con la que he dado las instrucciones. Ha visto que le he mentido sobre el motivo. Empieza a ver la realidad de mi mundo. Y no ha salido corriendo. Ni siquiera me ha mirado con asco. Ha dicho "entendido" y ha cerrado la puerta despacio.

No sé si eso me consuela o me aterra.

***

Organizamos la reunión de crisis a las cuatro en la sala trasera de Hagure. Mi padre, Igarashi, Senda, Nishida y dos shateigashira que no abren la boca.

Mi padre está furioso. Lo sé porque habla menos de lo normal, que ya es decir. Igarashi explica la operación con calma. Se cree por encima de todo. Siempre pensó que los resultados justifican los métodos. Mi padre escucha. Senda bebe té. Nishida mira la mesa.

—No autoricé esto —dice mi padre.

—La situación lo requería. Los Mishio estaban presionando el perímetro. Si no respondemos, perdemos Shinjuku —se defiende Igarashi.

—Si respondes sin mi autorización, pierdes mi confianza.

Igarashi asiente, pero no se disculpa. Nunca lo hace.

Al salir, uno de los shateigashira leales a Igarashi se detiene junto a la puerta. No me mira directamente. Mira al vacío entre la pared y mi hombro, que es peor.

—La directora pasa mucho tiempo con su analista nueva. Demasiado, diría yo.

Lo dice lo suficientemente alto para que yo lo oiga. Lo suficientemente bajo para poder negarlo si alguien le pregunta. Se va. Nishida, detrás de él. No dice nada. Tampoco hace falta.

Están empezando a hablar.

He sobrevivido muchos años en este mundo porque nadie hablaba de manera clara. Porque la sospecha era vaga, difusa, algo que flotaba en los pasillos. Ahora empieza a tener forma. En mi mundo las mujeres son esposas, madres o simple decoración, pasar demasiado tiempo con otra mujer para alguien que opta a dirigir el clan es peligroso.

***

A las siete de la tarde salgo sola y cruzo Shibuya en hora punta. Lo hago sin Hisako. Camino entre la multitud del cruce más

famoso del mundo: con trescientas personas cruzando en todas direcciones cada vez que el semáforo cambia. Y nadie me mira. Nadie sabe quién soy.

Me gustaría tener esto, caminar por una calle sin que nadie sepa mi apellido. Poder ser invisible. Poder besar a una mujer sin que nadie de mi clan tome nota.

El semáforo cambia y yo escribo un mensaje corto en mi teléfono.

"Ven a mi penthouse esta noche. 21:00. Hay trabajo pendiente."

Shio responde en cuarenta segundos.

"Entendido."

Una palabra. La misma que ha dicho esta mañana cuando le he pedido que falsifique transferencias para tapar dos muertos.

Sé que me he vuelto loca. Soy consciente de que esto es lo último que debería hacer, pero no puedo evitarlo. Mi mente me recuerda tres cosas: que probablemente Shio no sea quien dice ser. Que alguien en el clan sospecha de nosotras. Y que cuando cierre la puerta no voy a poder mantener la distancia.

Tokio sigue funcionando. Los trenes llegan. La gente cruza. Los muertos se tapan con dinero y los vivos seguimos caminando hacia las decisiones que nos van a destruir.

CAPÍTULO 17

SHIO

Por mucho que trabaje en mi vida, nunca podré pagarme un penthouse como este.

Azusa ha sacado tres carpetas del servidor local. Las ha sacado en papel y las ha puesto sobre la mesa del salón, junto a un portátil que no está conectado a ninguna red. Documentos offline del Nivel 4. Algo que muy pocos ojos pueden ver.

Y me he dejado el teléfono móvil en el bolsillo de mi chaqueta a la entrada.

Trabajamos durante un par de horas con dos vasos de un whisky carísimo. Los documentos revelan una capa más: hay una cuarta empresa, registrada en las Islas Vírgenes Británicas, que conecta el dinero de Singapur con una cuenta en Suiza. La estructura es elegante. Quien la diseñó tiene formación financiera muy seria.

—Esto no lo montó un aficionado —digo, señalando el esquema que he dibujado en una hoja.

—No —dice mientras da un sorbo a su vaso de whisky—. No lo montó un aficionado.

En su tono de voz hay cansancio, pero también hay algo más. Rendición, quizá. Lleva una semana gestionando cadáveres y rumores y un padre que quiere casarla a toda costa para conseguir una buena alianza con otro clan. Pero esta noche, sentada en el suelo de su salón con las piernas cruzadas y el pelo suelto, con la

blusa sacada del pantalón y un par de botones desabrochados, Azusa parece más pequeña.

—¿Te encuentras bien? —pregunto con un poco de miedo.

—No.

Es la primera vez que me dice que no. Sin excusa.

—¿Qué necesitas?

—A ti —suspira.

Me levanto, cruzo el espacio que nos separa y me arrodillo delante de ella. Le quito el vaso de las manos y lo dejo en el suelo. Acaricio sus mejillas, siento el hueso de la mandíbula bajo los pulgares. Su pulso me llega a las yemas de los dedos. Rápido.

Y la beso.

Es muy diferente a los besos de Kioto. Aquellos fueron hambre pura. Hoy es deliberado. Nos besamos despacio, sabiendo que esta noche no hay prisa, aprendiendo la forma en que nuestros labios encajan, la presión exacta que la hace abrir la boca, los gemidos que se le escapan cuando mi lengua roza la suya.

Acaricia mi pelo. Lo suelta del moño y los mechones caen sobre mis hombros. Ella hunde los dedos y tira suave, lo justo para que mi cabeza se incline hacia atrás y su boca baje a mi cuello.

Siento sus dientes, la punta de su lengua, sus labios. Cada terminación nerviosa en mi cuerpo se enciende como el neón de Kabukicho cuando cae la noche de golpe. Nunca he sentido esto. Con nadie. Los hombres con los que había estado me tocaban lo justo para abrirme las piernas y meterla en mi interior. Esto es muy diferente. Esto es un incendio.

Mi chaqueta cae al suelo. La blusa sale por la cabeza y mi sujetador desaparece. Siento el aire acondicionado en mis pechos y a continuación, su lengua en mis pezones, trazando círculos que me hacen arquear la espalda y gemir.

—Shio —murmura contra mi pecho izquierdo.

La desnudo despacio, y es la sensación más maravillosa que he sentido en toda mi vida. Siento su piel rozando la mía, suspiro cuando desliza la mano entre mis piernas y asiento cuando me pregunta si prefiero ir a su dormitorio.

Me tumba con cuidado, se coloca de rodillas a mi lado y me acaricia con la punta de los dedos. Lo hace con delicadeza, como si quisiera aprender de memoria cada una de mis curvas. Y todo mi cuerpo se vuelve loco de deseo. Con cada roce, con cada caricia, borra de un plumazo a los hombres que vinieron antes de ella, borra los techos que miré preguntándome si el sexo era simplemente eso, porque no me parecía gran cosa. Ahora entiendo lo que es estar excitada de verdad.

Llego al orgasmo con un grito ahogado, arañando el dragón en su espalda, con los ojos cerrados, temblando bajo sus manos como nunca lo había hecho.

—Quédate justo donde estás —susurra mientras coloca ambas piernas a los lados de mi cara y empieza a bajar hasta que su sexo roza mi boca.

Y lo lamo como si fuese lo más delicioso del mundo, porque nunca había sentido algo tan maravilloso. Es como aprender un idioma nuevo, tiembla cada vez que mi lengua roza su clítoris, arquea la espalda, hunde los dedos en mi melena y tira de ella.

—Shio —jadea cuando llega al clímax.

Y cuando dice mi nombre con la voz rota y las manos todavía en mi pelo, me atraviesa la culpa porque no soy quien digo ser. Eso es mentira. Todo lo demás, lo que he sentido hoy, es verdad. Pero esas dos realidades no pueden coexistir.

***

A las cuatro de la mañana, Azusa duerme como un tronco.

Respira despacio. Boca abajo. El pelo negro esparcido sobre la almohada blanca. El dragón inacabado visible en la penumbra del dormitorio. Tiene una mano debajo de la almohada y la otra

extendida hacia mi lado de la cama, los dedos abiertos, buscando algo que ya no está.

Porque yo no estoy en la cama.

Camino descalza hacia el salón, vestida solo con unas bragas. Los documentos siguen sobre la mesa. Las tres carpetas de Nivel 4. Las páginas que conectan a Igarashi con las empresas fantasma, con los pagos no autorizados, con la estructura de blanqueo que llevo meses rastreando.

Con la venganza que llevo diez años planeando.

Mi móvil está en el bolsillo de la chaqueta, colgada en la entrada. Ha confiado en mí.

Me tiemblan las manos. El mismo temblor fino del shinkansen, el de la botella de agua que no podía abrir. Pero esta vez no es miedo. Es saber lo que tendría que hacer y no estoy haciendo.

Porque si saco esas fotos ahora, mato algo que mi cuerpo ha decidido que quiere mantener vivo.

Regreso al dormitorio, me meto entre las sábanas y Azusa se mueve. Su mano acaricia mi cadera, murmura algo que no entiendo y se pega a mi espalda. Piel contra piel. El calor de su cuerpo contra el mío. Huelo a ella y huelo a mí y huelo a lo que hemos hecho.

No duermo. Me quedo tumbada en la oscuridad con los ojos abiertos y pienso que seguramente, mi padre tampoco habría querido las fotos. Al menos, esta noche no.

CAPÍTULO 18

AZUSA

Recibo la llamada de Nakamura un jueves a las siete de la mañana con noticias que preferiría no escuchar.

—Informe preliminar. La buena noticia: el máster en Londres es real, también las empresas en las que ha trabajado antes de unirse a nosotros. Todas de prestigio y con muy buenas referencias. La mala noticia: antes de 2019, Shio Aramaki no existe. No hay ni rastro de ella. Nada. Es una identidad que empieza en un punto y no tiene raíces.

—¿Cambio de nombre legal? —insisto.

—He buscado. Los cambios de nombre dejan algún tipo de registro. Este no tiene. Es limpio. Demasiado limpio para no levantar sospechas, la verdad —explica.

—¿Cuánto necesitas para el informe completo? Quiero que encuentres su verdadera identidad. Quién era antes de 2019 —ordeno, aunque una parte de mí se apaga con esa orden.

—Diez días. Quizá menos si consigo acceso rápido a los registros consulares de Londres.

—Hazlo. Tarifa doble.

Cuelgo y me quedo sentada en la cama con el teléfono en la mano. La sábana del lado donde ella dormía hace tres horas está todavía tibia. Shio se ha ido a las cuatro. Me besó en el hombro antes de levantarse, se vistió en la oscuridad y cerró la puerta del penthouse con cuidado de no despertarme. Fingí estar dormida.

Antes de 2019, Shio Aramaki no existe. Esto complica mucho las cosas.

Hisako ya me lo había dicho, lo encontró en la primera semana, el problema es que yo he preferido ignorarlo porque la alternativa es dolorosa. Ahora Nakamura lo confirma con recursos que Hisako no tiene, y las palabras "demasiado limpio" me dicen todo lo que necesito saber.

No tomo la decisión que debería tomar, que sería enfrentarme a ella y exigir la verdad, o despedirla, o entregar el informe a Hisako y dejar que la máquina de nuestro clan haga su trabajo. Tomo una decisión intermedia.

Guardo los documentos offline en la caja fuerte del estudio. Todos. Carpetas, memorándums, autorizaciones de pago, todo lo que estaba sobre la mesa del salón anoche. Cambio la combinación. Seis dígitos que solo yo conozco. A partir de hoy, cuando Shio venga al penthouse, no habrá documentos de Nivel 4 fuera del servidor.

Es una precaución. Un muro intermedio. La mujer que investiga poniendo una barrera que alguien que confía no habría puesto. Si no es quien dice ser, acabo de cortarle el acceso físico a lo más sensible.

Me miro en el espejo del baño mientras me preparo para ir a la oficina. Ayer me desnudé y todo mi cuerpo tembló bajo los dedos de la misma mujer a la que ahora investigo a fondo.

***

Shio nota que no hay documentos esa misma noche.

Viene al penthouse a las nueve. Pero esta noche la mesa del salón solo tiene el portátil, dos vasos de whisky y datos de Nivel 2 en la pantalla. Nada de carpetas. Nada de papel. Nada de documentos que se puedan fotografiar.

Se sienta y mira la mesa. Hace un barrido rápido. Siempre había carpetas sobre esta mesa. Ahora no hay ninguna. Sé lo que está calculando.

Pero no dice nada. Solo abre el portátil y trabaja.

Yo la miro desde el otro lado y pienso en lo que acabo de hacer. Estoy restringiendo el acceso a la mujer con la que me acuesto, le he cerrado la puerta a la misma mujer con la que haré el amor dentro de un par de horas. A la que me llevará al orgasmo. Me digo a mí misma que es lo correcto. Lo inteligente. Es justo lo que debe hacer la directora de Onuki Holdings ante una empleada con un agujero en su biografía.

Y me repugna de todos modos.

—He reorganizado los archivos del servidor —digo sin más—. A partir de ahora trabajaremos con datos digitales. Es más eficiente.

Mentira. Las dos sabemos que no tiene sentido. Los documentos offline estaban sobre la mesa porque el servidor local no tiene la mitad de los registros originales. Pero Shio acepta la explicación y sigue trabajando, y las dos fingimos que no ha cambiado nada.

—Azusa —dice de pronto, levantando la vista de la pantalla y clavándome la mirada.

No usa el "san." Tampoco el cargo. Solo mi nombre, dicho casi como un susurro, con la voz que utiliza cuando estamos en la cama.

—¿Sí?

—Deja de trabajar.

Me ha dado una orden. Se levanta. Rodea la mesa. Me quita el vaso de la mano y lo deja junto al portátil. A continuación, se sienta a horcajadas sobre mi regazo y coloca las manos a ambos lados de mi cara.

Me besa con una urgencia que tiene sabor a culpa, aunque no sé por qué lo pienso, quizá porque yo estoy haciendo lo mismo. Me besa los labios, la mandíbula, el cuello. Me desabrocha la blusa con prisa, descubriendo mis pechos, endureciendo mis pezones con la punta de los dedos.

Tira de mi mano y me lleva al dormitorio. Me tumba en la cama, me desnuda sin dejarme hablar, simplemente colocando la palma de la mano sobre mi boca cada vez que lo intento.

Se quita la ropa ella también y se coloca sobre mí, y yo me rindo. Es la única palabra que se me ocurre. Rendición. La mujer que controla cada variable, la heredera del clan más poderoso, ha dejado de existir en el momento en que Shio ha empezado a acariciar mi cuerpo.

Me hace el amor con una pasión diferente y yo solamente cierro los ojos y me dejo llevar hasta que alcanzo el orgasmo. Luego me cubre de pequeños besos, me mima, me dedica un cariño que me rompe por dentro, porque si lo que Nakamura descubre sobre ella es peligroso, si es en realidad una espía de un clan rival como me temo, tendré que dar la orden que sé que acabará con una parte de mí para siempre.

—¿En qué piensas? —pregunta, recostando la cabeza sobre mi hombro.

—No quiero que amanezca —confieso.

—¿Por qué?

—Porque cuando amanece vuelvo a ser la directora y tú vuelves a ser la analista y la distancia se vuelve a instalar entre nosotras. Y porque quizá tenga que tomar una decisión que voy a odiar el resto de mi vida.

***

A las tres de la mañana, Hisako me envía un mensaje. Lo leo con el teléfono bajo la sábana, con Shio dormida a mi lado.

"Igarashi ha contratado una agencia privada de detectives, le han confirmado que Shio Aramaki no tiene ningún registro verificable anterior a 2019. No tienen nombre real aún. Igarashi ha solicitado una investigación ampliada".

Mierda. Igarashi también está investigando por su cuenta. Y va a seguir buscando hasta encontrar lo que hay debajo. Va a buscar en Londres. Va a encontrar a Henderson, su antiguo mentor. Le enviará un par de hombres de confianza, de esos que disfrutan haciendo daño. Henderson se derrumbará. Y debajo de Henderson está el nombre real de Shio.

Ella duerme de lado, con la mano bajo la almohada. Respira despacio. El pelo le tapa media cara. La sábana le baja hasta la cintura y veo la curva de su espalda. La misma espalda que me vuelve loca cubrir de besos.

Si pudiera detener el tiempo, lo detendría aquí. En esta habitación. Con esta mujer dormida a mi lado. Con el informe de Nakamura sin terminar en mi bandeja. Con la agencia de Igarashi buscando un nombre que todavía no ha encontrado.

Pero el tiempo no se detiene. Nunca se detiene. Y en algún lugar de Tokio, Igarashi está despierto a las tres de la mañana, con un informe que dice que mi analista no existe.

Apago el teléfono y cierro los ojos. Se da la vuelta y rodea mi cadera en sueños.

Dejo que me toque.

Esto va a doler.

CAPÍTULO 19

SHIO

Los documentos ya no están sobre la mesa.

Llevo días viniendo al penthouse y ahora solo tengo un portátil y datos de Nivel 2. Las carpetas han desaparecido. Ambas hemos fingido que nada había cambiado, pero está claro que sí lo ha hecho. Me ha cortado el acceso a los documentos físicos. Lo ha hecho con discreción, sin confrontaciones, sin preguntar. Lo ha hecho como lo hace todo: con autoridad y precisión.

Sabe algo. O al menos lo sospecha. O quizá es la persona más cuidadosa que he conocido en mi vida y ha decidido que la precaución con la mujer con la que se está acostando es mejor que la confianza.

En cualquier caso, lo que tengo hasta ahora no es suficiente. Tengo el esquema de la offshore, las autorizaciones con las iniciales JI. Las cuentas en Singapur y Hong Kong. Pero me falta la pieza que conecta a Igarashi directamente con los Mishio: los mensajes donde negocia con el clan rival a espaldas de Kōzō. Sin eso, las pruebas muestran blanqueo de capitales, pero no traición. Y blanqueo sin traición no destruye a Igarashi. Me destruye a mí y quizá a Azusa de rebote.

Los mensajes están en su móvil. Lo sé porque la he visto responder correos de Igarashi a las once de la noche. He visto el nombre de Igarashi parpadear en la pantalla de bloqueo mientras dormía.

Su móvil es el único acceso que me queda. Y esta noche voy a cogerlo.

***

Llegamos al penthouse a las nueve. Lo de siempre. Algo de trabajo, whisky, mucho flirteo. La rutina que hemos construido en los últimos días: dos mujeres sentadas en el suelo de un apartamento de Roppongi, con un portátil entre ellas, resolviendo un rompecabezas que las dos entienden desde ángulos opuestos.

Después hacemos el amor en su cama, con la ciudad mirando desde el ventanal. Es lento esta noche. Cuidadoso. Ella me toca con una atención que se parece a una disculpa, aunque no sé de qué se está disculpando. Le beso el dragón en su espalda. Cada escama. Llego al punto donde la tinta se detiene y sigo besando la piel vacía, la parte que nunca fue tatuada, la parte que espera. Ella tiembla cuando lo hago.

Cuando la toco, me concentro en aprenderla. En guardar en mi memoria la presión exacta que la hace cerrar los ojos, el punto donde mi lengua la hace agarrar la sábana, el gemido largo que deja escapar cuando llega al orgasmo.

—Shio —suspira cuando mis labios besan su cuello y es algo tan vulnerable que la culpa me atraviesa como un cuchillo.

Porque me imagino que esta es la última vez. Esta noche la estoy memorizando porque mañana podría no quedar nada.

Después, tumbadas. Su respiración se ralentiza. Su mano sobre mi cadera se afloja y se duerme con la boca contra mi hombro.

Espero.

Cuento los minutos. Diez. Veinte. Treinta. A las dos y media, su respiración es profunda y regular. La mano que tenía en mi cadera ha caído sobre el colchón, los dedos abiertos, relajados.

Su móvil está en la mesilla de noche, a su lado. Boca abajo. Cargando.

Me muevo despacio, desnuda, los pies descalzos sobre el parquet no hacen ruido.

Cojo el móvil. Lo giro y la pantalla se ilumina. El código de desbloqueo es 4719. El mismo que usa para la puerta de Hagure. He visto cómo lo teclea un montón de veces. Cuatro. Siete. Uno. Nueve.

La pantalla se abre.

Correo. Mensajes. Contactos. Calendario. Aplicaciones bancarias. Notas. Todo. Toda la vida digital de la heredera de un poderoso clan en la palma de mi mano. Podría copiar los contactos del clan entero. Podría fotografiar las cuentas bancarias de Onuki Holdings. Podría acceder a los correos de Kōzō que ella reenvía a su carpeta personal. Podría destruir al clan Onuki desde este teléfono, esta misma noche, en quince minutos.

Tengo un arma nuclear en las manos. Treinta centímetros separan el teléfono de la cara de la mujer que confía en mí. Escucho su respiración. Huelo su pelo. Si se despierta ahora, me verá de pie en la oscuridad con su móvil desbloqueado y sabrá exactamente lo que estoy haciendo y lo que soy. Mi vida no valdría nada. Quizá no valga nada a partir de ahora en cualquier caso.

Las manos me tiemblan, pero lo hago de todos modos. Porque mi padre se levantaba a las cuatro de la mañana para hacer caldo y Igarashi le destruyó en seis meses y eso no se arregla con besos ni con sábanas de algodón egipcio, ni con orgasmos.

Abro la carpeta de correo. Hay una subcarpeta sin etiqueta, solo con dos iniciales: “JI”. La abro. Cuarenta y tres elementos, y no son correos: son capturas, reenvíos, pantallazos de conversaciones que alguien lleva meses enviándole a Azusa. Hisako, casi seguro.

Lo entiendo antes de seguir leyendo: Azusa está vigilando a Igarashi desde mucho antes de que yo llegara a Tokio. Los más recientes hablan de la operación en Shinjuku, de los dos muertos, de los Mishio. Y ahí están: capturas de una cadena de mensajes entre Igarashi y un contacto identificado solo como "TS-K" que solo puede ser Mishio. Negociaciones. Términos. Territorios. Igarashi ofreciendo información interna del clan Onuki a cambio de un acuerdo de no agresión en Shinjuku. Traición pura, en texto, con fechas y horas,

fotografiada por alguien que ha entrado en el teléfono del wakagashira sin que él lo sepa.

Aprieto los botones de volumen y bloqueo a la vez. Captura. El obturador suena diminuto en el silencio del penthouse pero a mí me suena como un disparo. Azusa no se mueve. Repito. Y otra vez. Seis veces en total.

Mi propio móvil está en la mesilla de mi lado de la cama, donde lo he dejado antes de dormir. Llevo días trayéndolo al dormitorio. Ahora ya no se molesta en pedirme que lo deje a la entrada. Una pequeña concesión que esta noche le va a costar caro. Lo cojo. AirDrop. Las seis capturas saltan del móvil de Azusa al mío en cuatro segundos. Borro las capturas de su galería. Borro la papelera. Lo que no puedo borrar son los logs del sistema, y eso lo sé. Lo hago de todos modos porque no tengo tiempo de hacerlo más limpio.

Tiemblo igual que aquella primera noche, cuando estuve de pie en el salón con los documentos delante y no me atreví a coger mi teléfono. Esta noche es peor porque estoy a treinta centímetros de la mujer que me ha abierto su casa, su restaurante, su cama y su cuerpo, y estoy robándole el teléfono mientras ella duerme desnuda junto a mí.

Seis capturas de los mensajes sobre Igarashi. Solo eso.

No copio los contactos. No fotografío las cuentas. No toco los correos de Kōzō. No toco nada que pueda destruir a Azusa o al clan entero. Tengo acceso a todo y elijo copiar solo lo que necesito para destruir a Igarashi.

Solo a Igarashi.

Es una elección consciente. Con el arma nuclear en las manos, elijo disparar con un fusil. Elijo proteger a la persona que duerme a mi lado. Elijo la precisión sobre la destrucción. Elijo la venganza de mi padre sobre la aniquilación del clan que lo mató.

Es la elección más importante que he hecho en mi vida.

Y no sé si me hace mejor persona o peor traidora.

Cierro el correo. Bloqueo el teléfono. Lo dejo en la mesilla, boca abajo, cargando. Justo como estaba. Vuelvo a la cama y me meto bajo las sábanas. Su cuerpo busca el mío en sueños, su mano sube a mi cadera, se pega a mi espalda.

Su aliento en mi nuca.

No duermo. No puedo hacerlo. Todavía estoy temblando.

Me quedo tumbada con los ojos muy abiertos, mirando la luz de Tokio en el techo, contando las respiraciones de Azusa contra mi espalda, sintiendo las fotos en el móvil que tengo a mi lado arder como si las seis capturas pudieran incendiar el penthouse.

A las seis de la mañana suena su teléfono.

Azusa se mueve. Se despierta. Coge el móvil de la mesilla y mira la pantalla. Algo cambia. Lo siento contra mi espalda: los músculos se tensan, la respiración se detiene un segundo, y cuando habla, su voz sale fría. Es la voz que da órdenes sobre represalias.

—¿Cuándo? —pregunta.

Escucha lo que le dicen.

—Entendido. Voy ahora mismo.

Cuelga. Se levanta sin mirarme. Camina al baño. Cierra la puerta. Abre el grifo y lo deja correr.

Cuando sale del baño, vestida, con el pelo recogido y la cara de la directora puesta como una máscara de hormigón, me mira y su voz es igual que una puerta que se cierra.

—Ven a mi despacho a las ocho en punto —ordena—. No llegues tarde.

Sale del apartamento. No hay un hasta luego o un beso en la frente como los otros días. Solo hay frío.

CAPÍTULO 20

AZUSA

Mi padre me entrega el expediente a las siete de la mañana en la sala trasera de Hagure con la expresión neutra de siempre.

—Igarashi me lo ha enviado esta noche. Su agencia privada lleva semanas investigando a tu analista —suelta sin más.

Abro la carpeta. Cuatro páginas. La primera es un informe de la agencia.

"Shio Aramaki, identidad fabricada. Sin registro verificable anterior a 2019. Identidad real: pendiente de confirmación".

La segunda es una copia de un correo electrónico del profesor Henderson, obtenido bajo presión, confirmando que proporcionó referencias falsas. La tercera es un registro de logs del sistema de IT, firmado por Segawa, mostrando accesos irregulares a archivos de Hagure Dining, la sociedad en Singapur y cuentas consolidadas de la rama inmobiliaria. Y la cuarta es una nota manuscrita de Igarashi: "Accesos desde el despacho de la directora. Dispositivo personal no registrado".

Mi padre me mira.

—¿Lo sabías?

La pregunta tiene una sola respuesta correcta y no es la verdad.

—Tenía sospechas. Lo estoy investigando por mi cuenta.

—¿Y?

—Se lo he encargado a Nakamura. El exinspector. Le contraté hace dos semanas. Su informe preliminar confirmaba las mismas inconsistencias, pero sin más datos no significa nada.

Mi padre asiente. No me pregunta por qué no le informé antes. No me pregunta nada que pueda llevar a una respuesta que no quiere escuchar.

—Resuélvelo —ordena antes de salir.

Me quedo sola con el expediente y la taza de café que Matsubara ha dejado en la barra. Leo cada página como si los datos fueran a cambiar si los leo con la suficiente atención.

Nakamura llama a las siete y media. Su informe completo ha llegado esta madrugada y me lo acaba de enviar.

—El profesor Henderson está en el hospital. Alguien le hizo una visita antes de que yo llegara a él —me informa—. Su identidad real es Shio Enomoto. Hija de Noboru Enomoto, dueño de una pequeña cadena de restaurantes en Shinjuku. Se suicidó hace diez años.

Mi padre cocinaba, me dijo.

La frase me golpea con fuerza.

Shinjuku es territorio de Igarashi. Hace diez años es cuando Igarashi escaló las operaciones de extorsión sin la autorización de mi padre. Las mismas operaciones que Shio ha estado investigando desde su primer día en Onuki Holdings.

Todo encaja. Todo ha encajado siempre y no he querido verlo porque elegí mirar a la mujer con la que me acuesto cada noche, porque no quería perder a la única persona que me ha visto sin armadura.

Shio llega a mi despacho a las ocho. Puntual, tal como le ordené. Me sorprende que no haya desaparecido. Sin duda debe sospechar algo por el modo en que abandoné el penthouse. Vuelve a ser la Shio Aramaki que he visto cada mañana desde hace tres meses. Siempre correcta.

La Shio Aramaki que no existe.

Cierro la puerta. No le pido que se siente.

—¿Me has estado espiando en mi casa?

No le pregunto si es Shio Enomoto. Tampoco por qué lo está haciendo. No pregunto nada que no sea esto, porque esto es lo que me importa. No la identidad ni la venganza. Lo que me importa es esto: mi casa. Mi cama. Mi teléfono.

—Sí —admite con un suspiro.

—¿Antes o después de que te dijera que me había enamorado de ti?

Aprieta la mandíbula y su labio inferior tiembla medio segundo antes de que lo controle.

—Después —murmura.

La punzada de dolor que recorre todo mi cuerpo es insoportable.

—Confiaba en ti —confieso—. Te di el código de la única puerta que me importa en esta ciudad.

No contesta. No tiene respuesta. No hay respuesta posible para eso.

—Vete. Es mejor que desaparezcas de Tokio. Escóndete en algún lugar remoto y reza para que el clan no te encuentre.

No se mueve. Aprieta los puños.

—Ayer, mientras dormías, tuve acceso a todo tu móvil —dice de pronto—. Todo. Contactos. Operaciones. Cuentas. Podría haber destruido al clan Onuki desde tu teléfono en quince minutos. Solo copié lo de Igarashi. No quiero hacerte daño. Yo también me he enamorado de ti. Cada vez que te lo dije estas noches fue real.

—Vete —repito.

Se da la vuelta. Camina hacia la puerta, pero se detiene justo antes de cruzar el umbral.

—Me llamo Shio Enomoto. Mi padre se llamaba Noboru. Tenía una pequeña cadena de restaurantes de ramen en Shinjuku. Igarashi lo destruyó. Se acabó suicidando por culpa de él. Todo lo demás fue real. Te lo prometo —añade antes de salir.

Solo copié lo de Igarashi.

La frase se queda en mi cabeza, quizá para siempre. Tenía acceso a todo. A los contactos de mi padre. A las cuentas del clan. A los correos que habrían destruido a la familia Onuki en una semana. Y eligió copiar solo lo que necesitaba para su venganza.

No eligió destruirme. Pudo hacerlo y no lo hizo.

No sé qué hacer con esa información. Está ahí, entre la traición y el dolor, ocupando un espacio demasiado incómodo.

Elegí ignorar las señales. Elegí creer que Shio Aramaki era real solo porque necesitaba que fuese real. Porque nuestros besos eran reales, porque el sexo también lo era, al menos para mí.

Me ha traicionado. Pero yo me he traicionado primero a mí misma y al clan.

Fuera llueve. No me había dado cuenta. Las gotas resbalan por el cristal y las luces de neón multiplican cada una de ellas. En algún lugar ahí abajo Shio Enomoto camina bajo la lluvia con los datos de Igarashi en su teléfono, quizá con el sabor de mi boca todavía en los labios.

Espero no volver a verla, porque si lo hago, será señal de que el clan la ha encontrado.

Solo espero que se esconda bien, que use esa información si puede, pero que lo haga desde un lugar muy lejano y con un cuidado extremo. Si lo hace, quizá todo siga igual.

Excepto yo.

Porque Shio Enomoto deja un hueco en mi corazón que nunca se va a llenar.

FIN DEL LIBRO 1